

MICHAEL CHABON



La solución final

Lectulandia

En su largo retiro en la campaña inglesa, un anciano de ochenta y nueve años, que según rumorean los lugareños fue años atrás un famoso detective, vive apartado del mundanal ruido. Un día irrumpe en su ordenada vida Linus Steinman, un muchacho mudo que ha escapado de la Alemania nazi con un loro gris como único compañero. ¿Qué significa la misteriosa cadena de números en alemán que el loro repite incesantemente? ¿Acaso esconde un código secreto de las SS, o es un mero sinsentido? La solución de este último caso llevará al viejo sabueso más lejos de lo que jamás imaginó.

La solución final, nueva novela del célebre escritor Michael Chabon, reinventa el clásico relato detectivesco decimonónico y lo convierte en una historia de suspense moderna.

«*La solución final* está a la altura de los mejores pasajes de *Las asombrosas aventuras de Kavalier y Clay*. Es una novela excepcional.»

The New York Times Book Review

«Una lectura que proporciona al lector un profundo placer.»

New York Magazine

«La literatura de Chabon es ágil y elegante... *La solución final* es la historia de un misterio pequeño hecho de grandes ideas».

San Francisco Chronicle

«De entre los jóvenes valores de la actual literatura norteamericana, Michael Chabon es probablemente el menos abiertamente experimental y el que mejor conecta con las virtudes del clasicismo de la llamada “generación del *New Yorker*”, es decir, escritores como Truman Capote, J. D. Salinger o John Cheever».

Mauricio Bach, *La Vanguardia*

Lectulandia

Michael Chabon

La solución final

ePub r1.0

Trips 11.09.13

Título original: *The Final Solution*

Michael Chabon, 2004

Traducción: Javier Calvo

Ilustraciones: Jay Ryan

Retoque de portada: Castroponce

Editor digital: Trips

Corrección de erratas: Castroponce

Aporte digital gracias a Castroponce

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

En memoria de Amanda Davis, la primera lectora de estas páginas

La distinción entre detección e invención es siempre sutil.

MARY JO SALTER

Había un niño con un loro en el hombro caminando por las vías del tren. Sus andares eran distraídos y se dedicaba a agitar una margarita mientras caminaba. Con cada paso el niño hacía una marca con la punta del pie en el lecho de las vías, como si estuviera midiendo su viaje con señales meticulosas de sus punteras sobre la grava. Era pleno verano, y había algo en el pelo negro y en la cara pálida del niño sobre el fondo de las colinas parecidas a una bandera verde desplegada, en las rodillas huesudas bajo sus pantalones cortos y en el aire solemne del bonito loro gris con su cola salvaje de plumas rojas, que cautivó al anciano que los estaba viendo pasar. Lo cautivó, o tal vez despertó su intuición —una facultad que antaño había sido famosa en toda Europa— para las cosas prometedoramente anómalas.

El anciano bajó el último número de *The British Bee Journal* hasta la manta de lana Shetland que tenía extendida sobre sus rodillas, también huesudas, pero nada cautivadoras y acercó más los huesos alargados de su cara al cristal de la ventana. Las vías —un ramal de la línea Brighton-Eastbourne, electrificado a finales de los años veinte al unificarse las rutas de la Southern Railway— discurrían por un terraplén situado a unos cien metros al norte de la casa de campo, entre los postes de hormigón de una alambrada. El cristal a través del cual el anciano miraba era antiguo y estaba lleno de ondas y de burbujas que retorcían el mundo de fuera y jugueteaban con él. Y, sin embargo, aun a través de aquel cristal que distorsionaba las cosas, al anciano le pareció que nunca había visto dos seres más unidos en su parsimonioso disfrute conjunto de una soleada tarde de verano que aquellos dos.

También le llamó la atención su silencio aparente. Le parecía evidente que en cualquier grupo formado por un loro gris africano —una especie famosa por su prolijidad— y un niño de nueve o diez años, en cualquier momento cogido al azar, alguno de los dos debería estar hablando. Ahí tenía otra anomalía. En cuanto a qué prometía esta, el anciano —aunque en el pasado había hecho fortuna y se había ganado su reputación gracias a una larga y brillante serie de extrapolaciones basadas en agrupaciones improbables de datos— jamás habría podido preverlo, ni de lejos.

Cuando llegó casi a la altura de la ventana del anciano, a unos cien metros de la misma, el niño se detuvo. Le dio su estrecha espalda al anciano, como si pudiera notar su mirada. El loro miró primero al este y luego al oeste, con un aire extrañamente furtivo. El niño estaba tramando algo. Un ligero encorvamiento de los hombros, una flexión expectante de las rodillas. Era alguna operación misteriosa, remota en el tiempo pero profundamente familiar, sí...

... los engranajes sin dientes encajaron. El Steinway descordado sonó: *el carril conductor*.

Hasta en una tarde bochornosa como aquella, cuando el frío y la humedad no le

importunaban los goznes del esqueleto, podía constituir para él una empresa larga, si se hacía como era debido, levantarse de su sillón, abrirse paso por entre los montones movedizos de trastos de anciano soltero —periódicos tanto baratos como de calidad, pantalones, botellas de bálsamo y de pastillas para el hígado, anales y publicaciones trimestrales eruditas, platos llenos de migas— que convertían el acto de cruzar su sala en algo traicionero, y abrir por fin la puerta principal que daba al exterior. Ciertamente, la perspectiva desalentadora del viaje desde el sillón al umbral se contaba entre las razones de su falta de contacto con el mundo, en aquellas raras ocasiones en que el mundo, agarrando con cautela el llamador metálico forjado en la forma hostil de una *Apis dorsata* gigante, venía a llamar. Con nueve de cada diez visitantes no se molestaba en levantarse sino que se limitaba a escuchar los murmullos perplejos y los intentos titubeantes de abrir la puerta, recordándose a sí mismo que había poca gente viva por la que correría conscientemente el riesgo de engancharse la punta de la zapatilla en la alfombrilla de la chimenea y derramar lo poco que le quedaba de vida por el frío suelo de piedra. Pero mientras el niño del loro en el hombro se preparaba para conectar su modesto charco personal de electrones con el torrente de ellos que era bombeado a lo largo del raíl tercero o carril conductor desde la planta eléctrica de la Southern Railway en el río Ouse a su paso por las afueras de Lewes, el anciano se levantó del sillón con una presteza tan inusual que los huesos de su cadera izquierda dejaron escapar un chirrido inquietante. La manta de su regazo y la revista cayeron al suelo.

Vaciló un momento, extendiendo ya la mano para coger el pestillo de la puerta, aunque todavía le faltaba cruzar la sala entera para llegar. Su sistema arterial averiado se esforzaba para suministrarle a su súbitamente elevado cerebro la sangre que necesitaba. Le pitaban las orejas, le dolían las rodillas y tenía los pies plagados de pinchazos. Se lanzó, con una prisa que a él mismo le pareció absolutamente atolondrada, hacia la puerta, y la abrió de golpe, lastimándose de alguna forma, al hacerlo, la uña del índice derecho.

—¡Tú, chico! —lo llamó, e incluso a sus propios oídos su voz sonó quejumbrosa, jadeante y un poco demente—. ¡Deja eso ahora mismo!

El niño giró la cabeza. Tenía una mano frente a la bragueta de los pantalones. Con la otra tiró la margarita a un lado. El loro caminó de lado por los hombros del niño hasta su pescuezo, como si se estuviera refugiando allí.

—¿Por qué te parece que hay una *verja*? —dijo el anciano, consciente de que nadie se había ocupado de las verjas de seguridad desde que empezó la guerra y de que estaban en malas condiciones a lo largo de quince kilómetros en ambas direcciones—. ¡Por el amor de Dios, te vas a quedar más frito que una sardina! —Mientras renqueaba por el porche de su casa hacia el niño que estaba en las vías, no hizo caso del bombear desbocado de su corazón. O más bien lo registró con ansiedad

y luego encubrió la ansiedad con un comentario inclemente—. No quiero ni imaginarme el *olor*.

Una vez descargado el flujo y devueltas las partes pudendas a sus aposentos con un susurro de la cremallera, el niño se quedó inmóvil. Miró al anciano con una cara tan pálida y vacía como el fondo de la taza de hojalata de un mendigo. El anciano oía el repicar amortiguado de las lecheras en la granja de Satterlee a medio kilómetro de allí, el murmullo agitado de los vencejos bajo los aleros de su propio tejado y, como siempre, la maquinación incesante de los panales. El niño se apoyó en un pie y luego en el otro, como si estuviera buscando una respuesta apropiada. Abrió la boca y la volvió a cerrar. Fue el loro el que habló por fin.

—*Zwei eins sieben fünf vier sieben drei* —dijo el loro, con una voz suave y extrañamente jadeante y con un ceceo apenas perceptible. El niño permaneció quieto, como escuchando la declaración del loro, aunque su expresión no se intensificó ni se volvió más complicada—. *Vier achí vier neun eins eins sieben*.

El anciano parpadeó. Los números alemanes resultaron tan inesperados, tan descabellados, que por un momento solamente los registró como una serie de ruidos imposibles, articulaciones aviarias salvajes desprovistas de todo sentido.

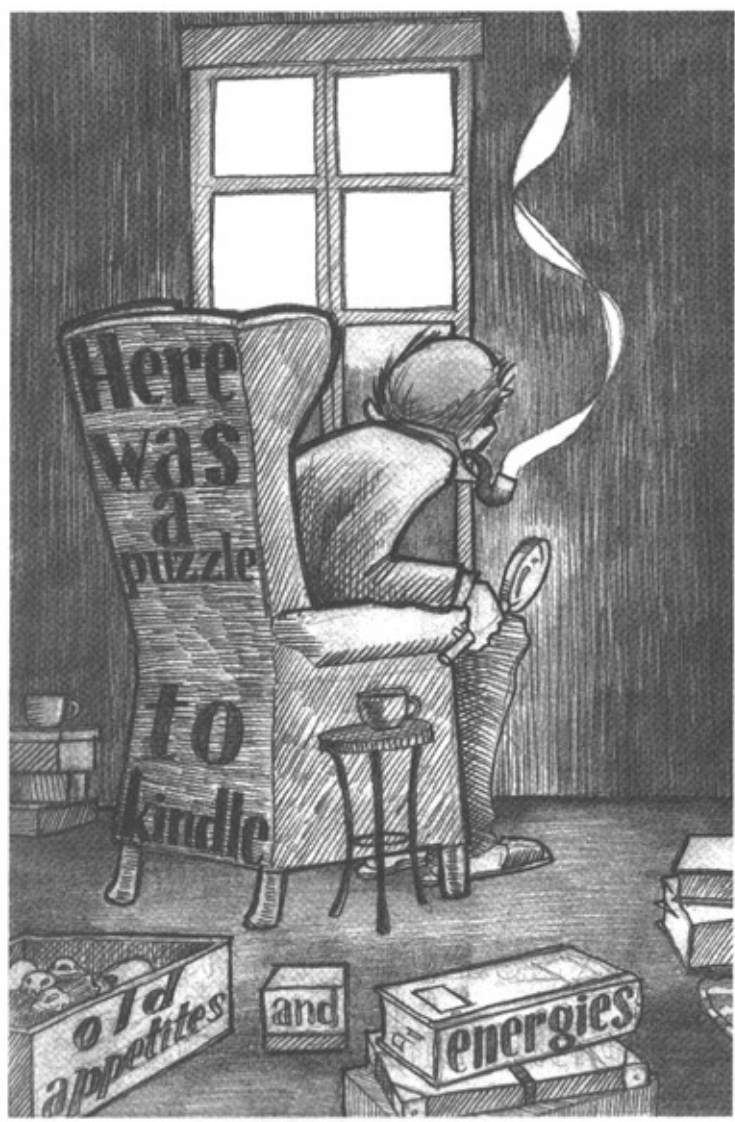
—*Bist du deutscher?* —consiguió decir por fin el anciano, sin saber muy bien, por un momento, si se estaba dirigiendo al niño o al loro.

Hacía treinta años que no hablaba alemán, y sintió que las palabras caían desde un estante alto del fondo de su mente.

Con cautela, y con un primer parpadeo de emoción en la mirada, el niño asintió.

El anciano se metió el dedo lastimado en la boca y se lo chupó sin darse plenamente cuenta de lo que hacía y sin notar el sabor salado de su propia sangre. Encontrarse a un alemán solitario, en los South Downs, en julio de 1944, y además a un niño alemán: ahí tenía un rompecabezas que le permitiría reavivar viejos apetitos y energías. Se sintió complacido consigo mismo por haber liberado su cuerpo maltrecho de la presa insidiosa de su sillón.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —dijo el anciano—. ¿Adónde vas? ¿De dónde demonios has sacado ese loro?



Después ofreció traducciones al alemán, de calidad diversa, de cada una de sus preguntas.

El niño permaneció inmóvil, sonriendo débilmente mientras rascaba el pescuezo del loro con dos dedos mugrientos. La densidad de su silencio sugería algo más que la mera falta de voluntad de hablar. El anciano se preguntó si no podría ser que el niño, más que alemán, fuera víctima de algún defecto mental que le impedía emitir sonidos o articular palabras. Al anciano se le ocurrió una idea. Levantó una mano hacia el niño, haciéndole una señal para que se quedara quieto donde estaba. Luego se retiró una vez más a la penumbra de su casa. En un armario de un rincón, detrás de un cubo abollado para el carbón en el que antaño había guardado sus pipas, encontró una lata polvorienta de pastillas de color violeta, en la que estaba estampado el retrato de un general británico cuya gran victoria había perdido con el tiempo toda relevancia para la situación presente del Imperio. En las retinas del anciano flotaban toda clase de manchas y dibujos de cachemir dejados allí por la luz del sol, así como el fantasma luminoso invertido de un niño con un loro en el hombro. Tuvo un vislumbre repentino de sí mismo, visto desde la perspectiva del niño, como una especie de ogro irascible que surgía de la oscuridad de su casa de campo con techo de paja como si

saliera de un cuento de los hermanos Grimm, con una lata oxidada de caramelos sospechosos en la mano huesuda y parecida a una garra. Se quedó sorprendido, y también aliviado, al ver que el niño seguía en el mismo sitio cuando él volvió a salir.

—Ten —le dijo, ofreciéndole la lata—. Han pasado muchos años, pero en mi época se consideraba que los caramelos eran una especie de esperanto juvenil. —Sonrió, sin duda con una sonrisa torcida de ogro—. Ven. ¿Quieres una pastilla? Ten. Buen chico.

El niño asintió y cruzó el patio de arena para coger el dulce de la lata. Cogió tres o cuatro de aquellas pequeñas píldoras e hizo un gesto solemne de agradecimiento con la cabeza. Un mudo, pues. Algo le pasaba a su aparato vocal.

—*Bitte* —dijo el anciano. Por primera vez en muchos años sintió la antigua vejación, la mezcla de impaciencia y placer que sentía cuando el mundo se negaba hermosamente a entregarle sus misterios por las buenas—. Ahora —continuó, humedeciéndose los labios reseco con gesto patente de ogro— dime cómo has llegado a estar tan lejos de casa.

Las pastillas traqueteaban como cuentas contra los dientes diminutos del niño. El loro se hurgaba placentemente en el plumaje con su pico de grafito azul. El niño suspiró y un encogimiento le recorrió momentáneamente los hombros a modo de disculpa. Luego dio media vuelta y se marchó por donde había venido.

—*Neun neun drei acht zwei sechs sieben* —dijo el loro mientras se alejaban rumbo a la enormidad verde y ondeante de la tarde.

Había tantos elementos extraños en la cena de los domingos a la mesa de los Panicker que el señor Shane, el recién llegado, despertaba las sospechas del otro inquilino, el señor Parkins, por el mero hecho de que no parecía percibir ninguno de los mismos. Entró en el comedor, un tipo rubicundo y majestuoso que hacía crujir poderosamente los tablones del suelo cuando los pisaba y que tenía aspecto de lamentar profundamente la ausencia de un pony entre sus piernas. Llevaba el pelo cobrizo cortado al rape y había algo inefablemente colonial, un eco nasal de acantonamientos o de yacimientos de oro, en su forma de hablar. Saludó con la cabeza sucesivamente a Parkins, al niño refugiado y a Reggie Panicker y luego se dejó caer en su silla como un niño que saltara sobre la espalda de un amiguete de la escuela para echar una carrera por la hierba. De inmediato entabló conversación con el patriarca de los Panicker acerca de las rosas americanas, un tema sobre el cual admitió libremente no saber nada.

Un profundo depósito de elegancia, o bien un déficit patológico de curiosidad, supuso Parkins, podían explicar la falta casi absoluta de interés que el señor Shane, que se presentaba a sí mismo como viajante de equipamientos para ordeñar de la empresa Chedbourne & Jones, de Yorkshire, parecía mostrar por la naturaleza de su interlocutor, el señor Panicker, que no solamente era un malayalí de Kerala, negro como un tizón, sino también vicario anglicano de la Alta Iglesia. También podían ser la formalidad o la estupidez lo que le impedía hacer comentario alguno sobre la forma huraña en que Reggie Panicker, el hijo mayor del vicario, estaba abriendo un agujero profundo en el raído mantel con la punta de su cuchillo para el pescado, o bien sobre la presencia a la mesa de un niño mudo de nueve años cuya cara era como una página en blanco al final del libro de las penas humanas. Pero era la escasa atención que el señor Shane prestaba al loro del niño lo que hacía que al señor Parkins le resultara imposible aceptar al nuevo inquilino por las buenas. Nadie podía ser inmune al interés intrínseco de aquel loro, por mucho que, como ahora, el pájaro se estuviera limitando a recitar fragmentos de poemas de Goethe y Schiller que conocía todo escolar alemán de más de siete años. El señor Parkins, que por razones privadas había estado sometiendo al loro gris africano a una observación meticulosa, vio de inmediato en el nuevo inquilino a un posible rival en su intento no resuelto de solucionar el profundo y sumamente irritante misterio del notable pájaro africano. Estaba claro que Alguien Importante se había enterado de lo de los números y había mandado al señor Shane a que los oyera en persona.

—Bueno, pues aquí estamos.

La señora Panicker entró en el comedor, llevando una sopera Spode. Era una mujer de Oxfordshire grande, muy rubia y no muy atractiva cuya fantasía

inimaginablemente descabellada de hacía treinta años, casarse con el pastor ayudante de su padre en la India, un joven solemne y con ojos de color azabache, había rendido unos frutos mucho más pálidos que las maduras y sonrosadas papayas que ella, al inhalar el aroma del aceite capilar del señor K. T. Panicker en una cálida tarde estival de 1913, se había permitido esperar. Pero su mesa era excelente, digna de la clientela de un número mucho mayor de inquilinos que los que la casa de los Panicker alojaba en la actualidad. El beneficio de la parroquia era mínimo, el vicario negro impopular en la localidad, los feligreses ariscos como guijarros y la familia Panicker, pese a la previsión seria y ahorrativa de la señora Panicker, incómodamente pobre.

Eran tan solo el espléndidamente cuidado huerto de la cocina de la señora Panicker y su talento culinario lo que hacía posible una sopa fría de pepino y perifollo tan buena como la que ahora le propuso, levantando la tapa de la sopera, al señor Shane, de cuya repentina presencia en la casa, con dos meses pagados por adelantado, se mostraba claramente agradecida.

—Esta vez se lo advierto desde el principio, maese Steinman —dijo mientras vertía crema de color verde claro, con motas de color esmeralda, en el cuenco del niño—. Es una sopa *fría* y así es como ha de ser. —Miró al señor Shane con el ceño fruncido, aunque había un débil brillo de burla en su mirada—. La semana pasada roció toda la mesa de sopa de crema, este chico, señor Shane —continuó—. Estropeó el mejor fular de Reggie.

—Ojalá eso fuera lo mejor que este chico ha estropeado —dijo Reggie desde detrás de su cuchara de sopa de pepino—. Ojalá todo se limitara al fular.

Reggie Panicker era la desesperación de los Panicker y, como muchos hijos que traicionan hasta las aspiraciones más modestas de sus padres, también era un azote para el vecindario. Era jugador, mentiroso, insatisfecho y soplón. Parkins —mostrando, o eso le parecía ahora a Shane, cierta cortedad de entendederas— había perdido un par de gemelos de oro, una caja de plumines, doce chelines y su amuleto de la buena suerte, una ficha de color claro de cinco francos del Casino Royale de Monaco, antes de percibir la afición por el robo de Reggie.

—¿Y cuántos años tiene el joven señor Steinman? —dijo el señor Shane, enfocando el heliógrafo centelleante de su sonrisa hacia los ojos distantes del pequeño judío—. ¿Nueve, no? ¿Tiene usted nueve años, muchacho?

Como de costumbre, sin embargo, los puestos de vigilancia de la cabeza de Linus Steinman se habían quedado desocupados. La sonrisa pasó desapercibida. De hecho, parecía que el chico no hubiera oído la pregunta, aunque Parkins se había cerciorado tiempo atrás de que no le pasaba nada en las orejas. El tintineo repentino de un plato podía sobresaltarlo. El tañido de la campana del campanario podía llenarle los ojos enormes y oscuros de un mar de lágrimas.

—A ese no le van a sacar respuestas —dijo Reggie metiéndose en la boca la última cucharada de su sopa—. Es más mudo que una pared, ese.

El chico bajó la vista hacia su sopa. Frunció el ceño. La mayoría de los residentes de la vicaría, y del vecindario, lo suponían no anglófono y con toda probabilidad estúpido, pero Parkins tenía dudas sobre ambas cosas.

—El señor Steinman ha venido a nosotros desde Alemania —dijo el señor Panicker. Era un hombre culto cuyo acento de Oxford estaba teñido de cierta cantinela decepcionada del subcontinente indio—. Formaba parte de un pequeño grupo de niños, la mayoría judíos, cuya emigración a Gran Bretaña fue negociada por el señor Wilkes, el vicario de la Iglesia anglicana de Berlín.

Shane asintió, boquiabierto, parpadeando lentamente, igual que un golfista que fingiera por cortesía estar disfrutando de una conferencia improvisada sobre la mitosis celular o los números irracionales. Parecía que no hubiera oído hablar nunca de Alemania o de los judíos, o ya puestos, de los vicarios o de los niños. El aire de aburrimiento profundo que se instaló sobre sus rasgos les resultaba totalmente natural a los demás. Y, sin embargo, el señor Parkins no se fiaba. El loro, que se llamaba Bruno, ahora estaba recitando *Der Erlkönig*, en voz baja, hasta se podría haber dicho que recatadamente, con su voz aguda y entrecortada. El recitado del pájaro, aunque desafinado y un poco presuroso, tenía cierto patetismo infantil que no resultaba inapropiado al asunto del poema.

Y aun así el nuevo inquilino no prestaba ninguna atención al loro.

El señor Shane miraba al chico, que estaba mirando su sopa y hundiendo nada más que la punta de su cuchara en el contenido espeso y claro del cuenco. Por lo que Parkins había estado observando —y era un observador meticulado y agudo— el chico solamente comía con placer dulces y postres.

—Los nazis, ¿no? —dijo Shane. Negó con la cabeza sin mucho aplomo—. Un asunto feo. Mala suerte para los judíos, hay que admitirlo.

La cuestión de si el chico iba a escupir la pizca de sopa que se había puesto sobre la lengua parecía interesarle mucho más que el internamiento de los judíos. El chico frunció el ceño y juntó sus cejas tupidas. Pero la sopa permaneció a salvo en su boca, y por fin el señor Shane volvió a concentrarse en zamparse su propia ración. Parkins se preguntó si por fin iban a abandonar aquel tema de conversación tan tedioso y desagradable.

—No es lugar para un niño, está claro —dijo Shane—. Uno de esos campos. Ni tampoco, me imagino... —dejó la cuchara y levantó la vista, con una ligereza que sorprendió al señor Parkins, hasta el rincón de la sala, donde, encima de un grueso poste de hierro, sobre un travesaño de madera todo lleno de muescas, con páginas del *Express* del día anterior extendidas debajo, el loro Bruno le devolvió la mirada con expresión crítica—... para un loro.

Ah, pensó el señor Parkins.

—Supongo que cree usted que una casucha de piedra destartada en el rincón de Sussex más dejado de la mano de Dios es un buen sitio para un pájaro africano, entonces —dijo Reggie Panicker.

El señor Shane parpadeó.

—Por favor, perdone la mala educación de mi hijo —dijo el señor Panicker con un suspiro, dejando la cuchara en la mesa aunque su cuenco solo estaba medio lleno. Pese a que había habido una época en que regañaba a su hijo único por sus continuas groserías, aquello había sido antes de la estancia del señor Parkins en la casa—. Todos le hemos cogido mucho cariño al joven Linus y a su mascota, hay que decirlo. Y lo cierto es que Bruno es un animal notable. Recita poesía, tal como puede oír ahora mismo. Canta canciones. Es un imitador de gran talento y ya ha sorprendido a mi mujer varias veces falsificando mi modo personal, tal vez en exceso vehemente, de roncar.

—¿En serio? —dijo el señor Shane—. Vaya, señor Panicker, confío en que no le importe si le digo que entre las rosas de usted y este jovencito con su loro, me parece que he aterrizado en una casa muy interesante.

Ahora estaba observando al loro, con la cabeza inclinada a un lado de una forma que imitaba, sin duda de manera inconsciente, el ángulo en el que Bruno prefería ver habitualmente el mundo.

—¿Y dice que canta?

—Así es. Principalmente en alemán, aunque de vez en cuando se le oyen fragmentos de Gilbert y Sullivan. Sobre todo parte de *Iolanthe*, diría yo. Las primeras veces resulta bastante chocante.

—Pero es todo mera... imitación de loro, por decirlo de algún modo, ¿no? —El señor Shane sonrió vagamente, como para insinuar, de forma insincera en opinión del señor Parkins, que sabía que su bromita no era graciosa—. ¿O diría usted que es capaz de pensar por sí mismo? Una vez vi un cerdo, cuando yo era niño, un cerdo de un número circense, que podía calcular la raíz cuadrada de números de tres dígitos.

Su mirada, al decir aquello, centelleó brevemente y por vez primera en dirección a Parkins. Aquello, aunque parecía confirmar el presentimiento del señor Parkins sobre el nuevo inquilino, también lo preocupó. Nadie en el vecindario tenía razón alguna para relacionarlo con la cuestión de los dígitos y los números. La sospecha de que al señor Shane lo había enviado Cierta Gente para observar a Bruno en persona la consideraba ahora el señor Parkins confirmada.

—Números —dijo el señor Panicker—. Por extraño que parezca, parece que a Bruno le gustan, ¿verdad, señor Parkins? Siempre está cacareando largas series y listas de números. Siempre en alemán, naturalmente. Aunque no puedo decir que le sirvan para nada, por lo que yo veo.

—¿Ah, no? Me impide dormir —dijo Reggie—. Así que para algo le sirven. Para algo bastante *alarmante*.

Llegado aquel punto la señora Panicker volvió a entrar grácilmente en el comedor llevando el pescado en una bandeja de color verde claro. Por razones que nunca se le habían explicado al señor Parkins, pero que este suponía que debían de tener mucho que ver con los sentimientos por lo demás no manifiestos que ella debía de albergar hacia su marido y su hijo, la señora Panicker nunca cenaba con ellos. Ahora recogió los cuencos mientras el señor Parkins elogiaba la sopa. Había algo desesperado y valiente en la buena cocina de la patrona. Era como la voz temblorosa de una gaita saliendo de una ciudadela sitiada por todos los lados por derviches e infieles en la mañana del día en que finalmente iban a saquearla.

—¡Una sopa excelente! —ladró el señor Shane—. ¡Mis felicitaciones al chef!

La señora Panicker se sonrojó intensamente, y una sonrisa distinta a todas las que Parkins le había visto hasta entonces, diminuta y parecida a un mohín, hizo una breve aparición en sus labios.

El señor Panicker también la vio y frunció el ceño.

—Ciertamente —dijo.

—¡Puaj! —dijo el joven Panicker, apartando con la mano el humo que salía de la bandeja sobre la cual yacía una platija que aún conservaba la cabeza y la cola—. Ese pescado está pasado, madre. Huele como la parte de abajo del embarcadero de Brighton.

Sin pensarlo ni un segundo —y con la estela de la sonrisa juvenil todavía visible en su cara—, la señora Panicker estiró el brazo y le dio un bofetón en la cara a Reggie. Su hijo se levantó de un salto de la silla, llevándose una mano a la mejilla encendida, y durante un momento se limitó a mirarla con odio. Luego su mano salió disparada hacia la garganta de ella como si tuviera intención de estrangularla. Antes de que sus dedos pudieran agarrarse a nada, sin embargo, el nuevo inquilino estaba de pie y se había interpuesto entre madre e hijo. Las manos del señor Shane salieron disparadas hacia delante y antes de que Parkins entendiera del todo lo que estaba pasando Reggie Panicker estaba tumbado de espaldas sobre la alfombra ovalada. De la nariz le salía una sangre de color intenso.

Se incorporó sobre su trasero. La sangre le cayó sobre el cuello de la camisa y se llevó un dedo a la aleta izquierda de la nariz para contenerla. El señor Shane le ofreció una mano y Reggie la apartó de un manotazo. Se puso de pie y soltó un ruidoso soplido. Se quedó mirando a Shane y después hizo un gesto de asentimiento con la cabeza en dirección a la señora Panicker.

—Madre —dijo.

Luego dio media vuelta y salió.

—Madre —dijo el loro, con su voz suave.

Linus Steinman estaba mirando a Bruno con el cariño intenso que era la única emoción reconocible que Parkins le había visto expresar alguna vez. Y luego, con una voz clara, tierna y aflautada que Parkins no había oído nunca, el pájaro empezó a cantar.

Wien, Wien, Wien Sterbende Märchenstadt.

Era una bonita voz de contralto y resultaba, al salir entrecortada del pico del animal gris del rincón, inquietantemente humana. La estuvieron escuchando un momento y luego Linus Steinman se levantó de su silla y fue hasta la percha. El pájaro guardó silencio y saltó al brazo extendido que le estaba siendo ofrecido. El niño se volvió hacia los demás y sus ojos estaban llenos de lágrimas y también de una pregunta muy simple.

—Sí, querido —dijo la señora Panicker con un suspiro—. Puedes irte si quieres.

Lo encontraron sentado en el arcón de delante de su puerta, con sombrero y capa a pesar del calor y agarrando con las manos quemadas por el sol el pomo de su bastón. Listo para marcharse. Como si —por imposible que pareciera— los estuviera esperando. Debían de haberle cogido en la puerta, con los cordones de las botas atados, reuniendo fuerzas para un paseo de media mañana por los Downs.

—¿Cuál es usted? —le dijo al inspector Bellows. Sus ojos resultaban excesivamente brillantes. El gran pico temblaba como si estuviera captando el olor de los recién llegados—. Hable.

—Bellows —dijo el inspector—. Detective inspector Michael Bellows. Lamento molestarle, señor. Pero soy nuevo en el cargo, por estos lares, estoy aprendiendo el oficio, como se dice, y no sobrestimo en absoluto mis capacidades.

Al oír esta última afirmación el compañero del inspector, el detective agente Quint, carraspeó y fijó la mirada educadamente en la media distancia.

—Bellows... Yo conocí al padre de usted —sugirió el anciano. Su cabeza se tambaleaba sobre su débil cuello. Sus mejillas estaban salpicadas de la sangre y las tiritas de un afeitado apresurado de anciano—. ¿No es cierto? En el West End. Un tipo pelirrojo, con bigote pajizo. Especializado, según recuerdo, en estafadores. Y con cierto talento, he de decirlo.

—Sandy Bellows —dijo el inspector—. Era mi *abuelo*. Y yo lo oía muy a menudo decir grandes cosas de usted.

Tal vez no tan a menudo, pensó el inspector, como lo oía maldecir el nombre de usted.

El anciano asintió con aire grave. La mirada afilada del inspector detectó una tristeza fugaz, un parpadeo de recuerdos que surcó la cara del anciano.

—He conocido a muchos grandes policías —dijo—. A muchos. —Se esforzó en adoptar un tono jovial—. Pero siempre es un placer conocer a uno más. Y al detective agente... *Quint*, si no me equivoco.

Ahora dirigió su mirada de dinosaurio hacia el agente, un tipo moreno, meditabundo y con nariz de patata. El D.A. Quint había estado muy apegado, como casi nunca olvidaba de hacer saber, al anterior detective inspector, tristemente fallecido pero al parecer partidario de los métodos tradicionales y sólidos del trabajo policial. Quint se llevó un dedo al ala de su sombrero. No era un tipo locuaz, el D.A. Quint.

—Muy bien, pues, ¿quién ha muerto y de qué forma? —dijo el anciano.

—Un hombre llamado Shane, señor. Golpeado en la nuca con un objeto pesado.

El anciano no pareció impresionado. Tal vez incluso pareció decepcionado.

—Ah —dijo—. Shane golpeado en la nuca. Con un objeto pesado. Ya veo.

Tal vez esté un poco chiflado después de todo, pensó el inspector. «Ya no es lo que era —tal como había dicho Quint—. Una lástima».

—No estoy en absoluto senil, inspector, se lo aseguro —dijo el anciano. Había leído el hilo de los pensamientos del inspector; no, aquello era imposible. Entonces le había leído la *cara*. La inclinación de los hombros—. Pero este es un momento crucial, una crisis, por así decirlo, en los panales. No puedo abandonarlos por un delito del montón.

Bellows miró a su agente. El inspector era lo bastante joven, y el asesinato lo bastante raro en los South Downs, como para que a ambos policías no les pareciera un acontecimiento del montón el que a un hombre le hundieran el cráneo con un atizador o una cachiporra detrás de una vicaría.

—Y el tal Shane iba armado, señor —dijo el D.A. Quint—. Llevaba una pistola de servicio Webley, a pesar de que aseguraba ser, y por lo que hemos podido averiguar *era*, un simple viajante en... —se sacó del bolsillo un pequeño cuaderno con cubiertas de hule y lo consultó; el inspector ya había empezado a odiar la imagen de aquel cuaderno con su meticuloso inventario de datos profundamente irrelevantes —... el ramo del equipamiento y maquinaria para plantas lecheras.

—Golpeado por la espalda —dijo el inspector—. Parece. En plena noche y mientras estaba a punto de meterse en su automóvil. Con las maletas hechas y al parecer marchándose del pueblo sin dar explicaciones y sin despedirse, aunque solo hacía una semana que había pagado dos meses de alojamiento por adelantado en la vicaría.

—La vicaría, sí, ya veo. —El anciano cerró los ojos, pesadamente, como si los detalles del caso no solo fueran del montón, sino también soporíferos—. Y sin duda ustedes, literalmente sin conocimiento de causa, porque desconocen la causa y las circunstancias del asunto, se han precipitado a sacar conclusiones y han detenido por el crimen al joven señor Panicker.

Aunque consciente del aspecto de comedia de cine mudo de su conducta, el inspector Bellows se encontró para su vergüenza intercambiando otra mirada apocada con su agente. A Reggie Panicker lo habían detenido a las diez de aquella mañana, tres horas después del descubrimiento del cadáver de Richard Woolsey Shane, natural de Sevenoaks, condado de Kent, en el callejón de detrás de la vicaría donde el difunto tenía aparcado su MG Midget de 1933.

—Un crimen por el cual —continuó el anciano— ese joven deplorable será a su debido tiempo colgado por el cuello, y su madre llorará, y después el mundo seguirá dando vueltas ciegamente de camino al vacío, y a fin de cuentas ese señor Shane seguirá muerto. Pero entretanto, inspector, *hay que cambiar la reina del panal número cuatro*.

E hizo un gesto con una mano de dedos largos y parecida a una estrella de mar,

toda manchas de la vejez y verrugas, en señal de despedida. Mandándolos a que siguieran con su trabajo. Se palmeó los bolsillos de su traje arrugado: en busca de su pipa.

—¡Ha desaparecido un loro! —se aventuró el inspector Michael Bellows, impotente, confiando en que aquel goloso dato pudiera añadir alguna clase de lustre al crimen según el criterio inimaginable del anciano—. Y el hijo del vicario llevaba esto encima.

Se sacó del bolsillo de la pechera la tarjeta de visita con los bordes doblados del señor Jos. Black, Tratante de Aves Raras y Exóticas, Club Row, Londres, y se la entregó al anciano, que no se dignó echarle un vistazo.

—Un loro. —Por alguna razón, le pareció a Bellows, no solo había conseguido impresionar al anciano sino también dejarlo estupefacto. Y el anciano parecía encantado de verse de aquella manera—. Sí, por supuesto, un loro gris africano. Propiedad, tal vez, de un niño. De unos nueve años. Natural de Alemania, y de origen judío, diría yo. Y desprovisto del habla.

Ahora sería el momento perfecto para que el inspector carraspeara. El D.A. Quint había protestado enérgicamente contra la decisión de involucrar al anciano en la investigación. «No está en posesión de sus facultades mentales, señor, eso se lo puedo asegurar con plena confianza». Pero el inspector Bellows estaba demasiado perplejo para jactarse. Había oído las historias, las leyendas, los famosos y descabellados actos de inducción realizados por el anciano en sus días de gloria, los asesinatos inferidos a partir de la ceniza de un puro, los ladrones de caballos a partir de la ausencia del ladrido de un perro guardián. Por mucho que lo intentara, el inspector no podría encontrar el hilo que unía a un niño judío alemán mudo con un loro desaparecido y un cadáver llamado Shane con el cráneo agujereado. Y así perdió la oportunidad de anotarse un punto delante de Quint.

Ahora el anciano echó un vistazo a la tarjeta de visita del señor Jos. Black, con los labios fruncidos, colocándola a diversas distancias de la punta de su nariz hasta que encontró una que le permitía ver bien.

—Ah —dijo, asintiendo—. Así que nuestro señor Shane sorprendió al joven Panicker cuando este se estaba marchando con la mascota del pobre chico con la intención de vendérsela a este señor Black. Y Shane intentó evitar que lo hiciera y pagó caro su heroísmo. ¿He resumido correctamente su punto de vista?

Aunque aquella era en pocas palabras la totalidad de la teoría de Bellows, desde el principio había habido algo en la misma —algo en las circunstancias del asesinato en sí— que preocupaba al inspector lo bastante como para hacerle ir, contraviniendo el consejo de su agente, a visitar a aquel amigo y adversario cuasi legendario de toda la generación de policías a la que había pertenecido su abuelo. Y a pesar de todo, le había parecido una teoría sensata en su conjunto. El tono del anciano, sin embargo, la

hacía parecer igual de probable que la intervención de las hadas.

—Parece que tuvieron unas palabras —dijo el inspector haciendo un gesto de contrariedad cuando un antiguo tartamudeo emergió de las profundidades de su niñez—. Se pelearon. Llegaron a las manos.

—Sí, sí. Bueno, no pongo en duda que tenga usted razón.

El anciano compuso con la hendidura de su boca la sonrisa más falsa que el inspector Bellows había visto en su vida.

—Y la verdad sea dicha —continuó—, es toda una suerte que no me necesiten, porque tal como deben de saber estoy jubilado. Y de hecho lo he estado desde el diez de agosto de mil novecientos catorce. Momento en el cual, deben creerme, estaba mucho menos hundido en la decrepitud que este caparazón marchito que ahora tienen delante. —Dio unos golpes con el mango de su bastón en el umbral, en gesto jurídico. Estaban despedidos—. Que tengan un buen día.

Y luego, con un eco de aquella teatralidad que tantas veces había puesto a prueba la paciencia y había exaltado el lenguaje del abuelo del inspector, el anciano levantó la cara en dirección al sol y cerró los ojos.

Los dos policías permanecieron un momento en su sitio, observando aquel simulacro indecente de siesta. Al inspector le pasó por la cabeza que tal vez el anciano quería que le suplicaran. Miró al D. A. Quint. Sin duda las súplicas abyectas al viejo ermitaño loco constituían un paso al que su difunto predecesor jamás se rebajaría. Y, sin embargo, ¿cuántas cosas se podrían aprender de un hombre así si uno fuera capaz de...?

Los ojos se abrieron de golpe, y ahora la sonrisa se endureció y adoptó la forma de algo más sincero y cruel.

—¿Todavía están aquí? —dijo.

—Señor... si me permite...

—Muy bien. —El anciano soltó una risita reseca, dirigida enteramente a sí mismo—. He tomado en consideración las necesidades de mis abejas. Y creo que puedo perder unas pocas horas. Así pues, les ayudaré. —Levantó un dedo largo a modo de advertencia—. *A encontrar el loro del chico.* —Laboriosamente, y con un aire que rechazaba de antemano cualquier ofrecimiento de ayuda, el anciano, apoyándose pesadamente en su bastón negro y lleno de muescas, se puso de pie—. Si por el camino nos encontramos al verdadero asesino, bueno, pues mejor para ustedes.

El anciano se agachó hasta apoyarse en una rodilla. La izquierda, puesto que la derecha ya no le servía para nada. Tardó una eternidad intolerable y en pleno descenso se oyó un chasquido espantoso. Pero lo consiguió, y se puso a trabajar con presteza. Se quitó el guante derecho y hundió el dedo desnudo en el barro sanguinolento donde se había vertido la vida de Richard Woolsey Shane. Luego metió la mano en el bolsillo de viejo prestidigitador que tenía cosido en el forro de la capa y sacó su lupa. Era de metal y carey y alrededor del aro biselado tenía una inscripción afectuosa del único gran amigo que había tenido en la vida.

Dejando escapar una serie de jadeos y gruñidos, recorriendo con esfuerzo un par de metros cuadrados como si estos fueran toda la ladera helada del Karakorum, el anciano se dedicó a dirigir su amada lupa hacia todo lo que ocupaba o rodeaba el punto fatídico, encajonado entre los exuberantes setos verdes de Hallows Lane, donde el cuerpo medio decapitado de Shane había sido encontrado a primera hora de aquella mañana por su casero, el señor Panicker. ¡Qué lástima que el cuerpo ya hubiera sido movido, y encima por hombres torpes con botas pesadas! Lo único que quedaba era su débil huella, una cruz retorcida sobre la tierra. En la rueda derecha del coche del muerto —espantosamente ostentoso para un viajante de máquinas de ordeñar— le llamaron la atención el dibujo centrípeto y el grado moderado de oscurecimiento del chorro de sangre en forma de abanico que había en la llanta de color blanco. Aunque la policía había registrado el coche, y había encontrado un mapa de Sussex del servicio oficial de cartografía, un trozo de manguera para ordeñar de goma de color claro, trozos de válvulas y tubos, varios folletos informativos satinados del Lactrola R-5 de Chedbourne & Jones y un ejemplar ajado de *Enfermedades comunes de la vaca lechera*, edición de 1926, el anciano volvió a examinarlo todo. Y durante todo ese tiempo, aunque no se daba cuenta, estuvo murmurando sin parar y asintiendo de vez en cuando, manteniendo la mitad de una conversación y mostrando cierta impaciencia con su interlocutor invisible. Aquel proceso se prolongó durante casi cuarenta minutos, pero cuando salió del coche, sintiéndose casi como si ya tuviera que acostarse, tenía en la mano un cartucho sin estallar del calibre 45 perteneciente a aquella tan improbable Webley, así como un cigarrillo Murat sin fumar, una marca egipcia cuya elección por parte de la víctima, si es que era de él, parecía indicar unas profundidades todavía mayores e insospechadas de experiencia o de romanticismo. Por fin se puso a escarbar en la tierra cubierta de mantillo que había debajo de los setos y aquello le permitió hallar un trozo de cráneo roto, con fragmentos de piel y de pelo pegados, que los policías, para su evidente turbación, no habían podido encontrar.

Entregó la siniestra prueba sin vacilar ni mostrar escrúpulos. Había visto a seres

humanos, en todos los estados, fases y actitudes asociadas con la muerte: una ramera de Cheapside con la garganta cortada y cabeza abajo en una escalera del dique del Támesis, a quien se le había acumulado la sangre en la boca y las cuencas oculares; un niño robado, verde como un kelpie escocés y embutido en una alcantarilla; el cadáver blanco y acartonado de un pensionista, asesinado con arsénico a lo largo de doce años; un esqueleto que había sido pasto de los milanos reales, los perros y de incontables insectos, descolorido y crujiendo en un bosque, con los jirones de la ropa ondeando como banderines; un puñado de dientes y astillas de huesos dentro de una palada de ceniza pálida e incriminatoria. No había nada especial, nada en absoluto, en aquella cruz torcida que la muerte había garabateado en la tierra de Hallows Lane.

Finalmente guardó la lupa y se incorporó todo lo que pudo. Echó un último vistazo a la situación de los setos, al MG cubierto por su lona de polvo, a la conducta de los grajos y a la dirección que tomaba el humo de carbón que manaba abundantemente de la chimenea de la vicaría. Luego se volvió hacia el joven inspector y lo examinó detenidamente sin decir palabra.

—¿Algún problema? —dijo el nieto de Sandy Bellows.

Hasta el momento el anciano no le había preguntado al inspector si su abuelo estaba vivo o muerto. Sabía perfectamente cuál era la respuesta.

—Ha hecho usted un buen trabajo —dijo el anciano—. De primera clase.

El inspector sonrió y su mirada se desplazó hacia el huraño agente Quint, que estaba junto al pequeño coche biplaza de color verde. El agente se tiró de una mitad del bigote y miró con el ceño fruncido el charco de barro púrpura que tenía a los pies.

—A Shane lo atacaron y lo golpearon, con una fuerza considerable, por la espalda. En eso tiene usted razón. Dígame, inspector, ¿cómo cuadra usted eso con su idea de que el difunto sorprendió al joven señor Panicker en el acto de robar el loro?

Bellows empezó a hablar, pero se quedó en un suspiro breve y cansino y negó con la cabeza. El D. A. Quint se tiró del bigote, ahora hacia abajo, en un intento de esconder la sonrisa que le había aflorado a los labios.

—El patrón y la frecuencia de las pisadas indica —continuó el anciano— que en el momento en que le fue asestado el golpe el señor Shane se estaba moviendo con cierta prisa y que llevaba algo en la mano izquierda, algo más bien pesado, apostaría yo. Y como los hombres de usted han encontrado su maleta y todos sus efectos personales junto a la puerta del jardín, como si esperaran ser trasladados al maletero del coche, y como la jaula no aparece por ninguna parte, me parece razonable inferir que Shane estaba huyendo, cuando lo asesinaron, *con* la jaula. Lo más probable es que el pájaro estuviera dentro, aunque creo que habría que llevar a cabo una inspección exhaustiva de los árboles del vecindario, y pronto.

El joven inspector miró al D. A. Quint y asintió una vez. El D.A. Quint dejó de tocarse el bigote. Parecía horrorizado.

—No puede estar usted diciendo, señor, con todos los respetos, que quiere que yo malgaste un tiempo valioso mirando a los árboles en busca de...

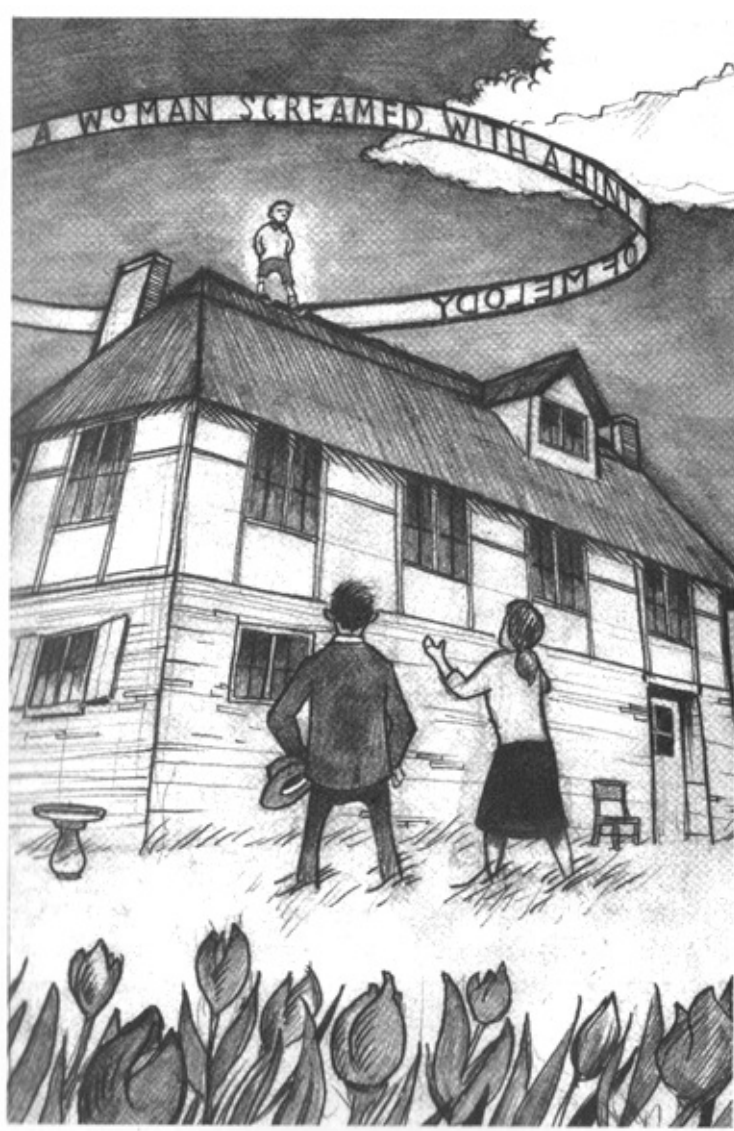
—Oh, no se preocupe, detective agente —dijo el anciano con un guiño. No le importaba divulgar su hipótesis, que naturalmente solo era una entre las varias que estaba considerando, de que Bruno el loro gris africano podía ser lo bastante listo como para haber urdido una fuga de su captor. Los hombres, y en especial los policías, solían descartar la capacidad de los animales para llevar a cabo, a menudo con considerable frescura, los más espantosos crímenes y las gestas más audaces—. Es imposible no ver la cola.

El agente Quint pareció durante un momento incapaz de controlar la musculatura de su mandíbula. Después se dio la vuelta y echó a andar con pasos airados por el callejón, en dirección a la entrada emparrada que llevaba al jardín de la vicaría.

—En cuanto a usted. —El anciano se giró hacia el inspector—. Debe procurar obtener información sobre nuestra víctima. Yo voy a necesitar ver el cuerpo, por supuesto. Sospecho que vamos a descubrir...

Se oyó un chillido de mujer, al principio en tono grandioso, casi se podría decir que con un atisbo de melodía. Luego su chillido se desintegró en forma de una serie de pequeños gruñidos entrecortados:

—Oh, oh, oh, oh, oh...



El inspector salió corriendo y dejó atrás al anciano, que lo siguió caminando con esfuerzo y renqueando. Cuando entró al jardín vio una serie de objetos y entidades familiares desplegados sobre una superficie verde como si hubieran sido dispuestos así en busca de algún efecto o con algún propósito discernible, como fichas o piezas de ajedrez en una recreación para la realeza. Al verlos el anciano experimentó un momento de horror vertiginoso durante el cual se vio incapaz de calcular su número ni tampoco de recordar sus nombres o su propósito. Sentía —con todo su cuerpo, tal como uno notaba la fuerza de la gravedad o la inercia— la inevitabilidad de su fracaso. La conquista de su mente por parte de la edad avanzada no consistía en un mero embotamiento ni en una disminución de la velocidad, sino en un borrado, igual que una capital del desierto es borrada por un milenio de arena errática. El tiempo había desvaído el intrincado dibujo de su intelecto y había dejado un pedazo de papel en blanco. Le entró miedo de ponerse a vomitar y se llevó el pomo del bastón a la boca. Lo notó frío en los labios. El horror pareció remitir de inmediato; la conciencia se recobró en torno al sabor brutal del metal, y de repente se encontró a sí mismo mirando, con alivio inexpresable, a nada más que a los dos policías, Bellows y Quint; al señor y a la señora Panicker, de pie a ambos lados del bebedero para pájaros; a un

judío apuesto y vestido con un traje negro; un reloj de sol; una silla de madera; y un arbusto de espino florecido de forma exuberante.

Todos los presentes estaban mirando el punto más alto del tejado de paja de la vicaría, donde se encontraba la última ficha de la partida.

—¡Jovencito, baje de ahí ahora mismo!

La voz pertenecía al señor Panicker, que era bastante más inteligente que la media de la gente del campo, en opinión del anciano, aunque bastante poco competente para velar por las almas de sus feligreses. Retrocedió un paso o dos alejándose de la casa, como si buscara un lugar más apropiado para clavar al niño al tejado de la casa con una mirada funesta. Pero los ojos del vicario eran demasiado grandes y estaban demasiado apenados, pensó el anciano, para hacerlo con éxito.

—Hijo —lo llamó el agente Quint—. ¡Te vas a romper el cuello!

El niño se puso de pie, muy recto, con las manos colgando a los lados y los pies juntos, tambaleándose sobre sus talones. No parecía angustiado ni tampoco estar jugando, sino que se limitaba a mirarse los zapatos o bien a mirar el suelo que ahora tenía muy por debajo. El anciano se preguntó si era posible que hubiera subido allí en busca de su loro. Tal vez en el pasado el pájaro había protagonizado escapatorias en las que se había refugiado en tejados.

—Vayan a buscar una escalera —dijo el inspector.

El niño perdió pie y bajó resbalando sobre el trasero por el largo tejado de paja inclinado hacia el borde del mismo. La señora Panicker soltó otro chillido. En el último momento se agarró a sendos puñados de paja y se quedó así cogido. Su descenso se detuvo con una sacudida y luego los puñados de paja se soltaron del tejado y él quedó suspendido en el vacío y se precipitó hacia el suelo, aterrizando encima del apuesto joven judío, que debía de ser de Londres a juzgar por el corte de su traje, emitiendo un crujido extraordinario, como de un barril al romperse sobre unas rocas. Después de un momento de aturdimiento el niño se puso de pie y sacudió las manos como si le picaran. Luego le ofreció una al hombre que estaba tumbado boca abajo en el suelo.

—Señor Kalb —chilló la señora Panicker, y echó a correr, llevándose una mano al collar que tenía sobre el pecho, hasta donde estaba el atildado londinense—. Dios bendito, ¿se ha hecho daño?

El señor Kalb aceptó la mano que el niño le ofrecía y fingió que dejaba que este lo ayudara a ponerse de pie. Aunque gruñó e hizo gestos de dolor, la sonrisa no abandonó ni un momento su cara.

—No demasiado. Tal vez un moretón en la costilla. No es nada, en serio.

Extendió sus manos hacia el niño y este caminó entre ellas. El señor Kalb, con un gesto visible de dolor, lo levantó en el aire. Solamente cuando estuvo a salvo en brazos del visitante de Londres, por razones que el anciano sintió un poderoso deseo

de entender, el niño relajó el control de sus emociones y se puso a llorar, de forma frenética e incontrolable, la pérdida de su amigo, sepultando la cara en el hombro del señor Kalb.

El anciano se abrió paso por el jardín.

—Chico —dijo—. ¿Te acuerdas de mí?

El niño levantó la vista, con la cara ruborizada e hinchada. Un hilo fino de moco conectaba la punta de su nariz con la solapa del señor Kalb.

El inspector le presentó al anciano al hombre de mirada afligida del Comité de Ayuda, el señor Martin Kalb. La señora Panicker había enviado a buscarle en cuanto se supo esa mañana que Bruno había desaparecido. Cuando el hombre oyó el nombre del anciano, algo refulgió, un recuerdo vago, en los ojos del señor Kalb. Sonrió, y se volvió hacia el niño.

—Bueno —dijo en un alemán que el anciano entendió unos instantes después de que las palabras fueran dichas, dándole un apretón de ánimos al niño en el hombro—. Aquí tienes al hombre que va a encontrar a tu pájaro. Ya no tienes nada de qué preocuparte.

—Señora Panicker —dijo el anciano por encima del hombro. El rostro de la mujer palideció, por completo, aunque él no sospechó de ella ni por un momento, como si acabaran de pillarla sin coartada—. Necesito hablar con su hijo. Estoy seguro de que la policía no tendrá ningún problema en que venga usted también con una camisa limpia y un paquete de galletas.

Ella metió en la maleta un par de camisas, dos pares de calcetines y dos pares de calzoncillos meticulosamente planchados. Un cepillo de dientes nuevo. Un queso, un paquete de galletas y una caja vetusta de antes del racionamiento de las pasas de Esmirna que a él le gustaban. Todo junto cabía en un puñado pequeño. Se puso su vestido azul bueno con el cuello estilo mandarín y bajó las escaleras para buscar al chico.

Ya antes del robo de Bruno, Linus había sido propenso a desaparecer. A ella no le parecía tanto un chico como la sombra de un chico, que se escurría sigilosamente por la casa, el pueblo y el mundo. Tenía ratoneras por todas partes, en rincones a la sombra del patio de la iglesia, bajo los aleros del tejado de la vicaría o en el mismísimo campanario. Se iba de caminata por la campiña con el pájaro en el hombro, y aunque ella desaprobaba eso rotundamente, ya había renunciado a intentar detenerlo, pues nunca tenía valor para castigar al pobre niño. No se veía con ánimos. Y además, a su Reggie siempre lo había tratado con una severidad que no le salía nada natural, y los resultados saltaban a la vista.

Lo encontró junto al arroyo al pie del patio de la iglesia. Había un banco de piedra con musgo en el cual durante seiscientos o setecientos años los aldeanos, sin duda, habían ido a sentarse bajo el tejo enorme y a albergar pensamientos melancólicos. A su lado estaba sentado Martin Kalb. Linus se había quitado los zapatos y los calcetines. Y el señor Kalb también iba descalzo. Por alguna razón la imagen de sus pies pálidos sobresaliendo desnudos de los dobladillos de sus elegantes pantalones grises de raya fina escandalizó a la señora Panicker.

—Voy a salir —dijo ella, en voz demasiado alta. Sabía que no estaba bien, pero no podía evitar gritarle al niño como si fuera sordo—. Tengo que hacer una visita a Reggie. Señor Kalb, confío en que se quede a pasar la noche con nosotros.

El señor Kalb asintió. Tenía una cara larga y dulce, sencilla y pensativa. A ella le recordó al señor Panicker cuando tenía veintiséis años.

—Naturalmente.

—Puede quedarse en la habitación de Linus. Hay dos camas.

El señor Kalb miró al niño con una ceja levantada. Como si por respeto a la mudez del niño hablara muy poco con él. El niño asintió con la cabeza. El señor Kalb asintió con la cabeza. La señora Panicker sintió una oleada de gratitud.

El niño se sacó un cuaderno de la chaqueta y también su trozo de lápiz de color verde. Garabateó con esfuerzo algo en una página, tenía enormes dificultades para escribir, mordiéndose el labio inferior. Examinó un momento lo que había escrito. Luego le enseñó la página al señor Kalb. Ella nunca entendía una palabra de lo que él escribía.

—Pregunta si el señor Shane está muerto de verdad —dijo el señor Kalb.

—Sí —dijo ella casi gritando, y luego en voz más baja—. Muerto.

Linus se la quedó mirando con sus ojos marrones enormes y asintió con la cabeza una sola vez, casi para sí mismo. Era imposible adivinar lo que estaba pensando. Casi siempre lo era. Aunque ella sentía lástima por él y se acordaba de él en sus oraciones, y de una forma extraña también sentía que lo quería, había algo en Linus que a ella le resultaba mucho más extraño que el mero hecho de su nacionalidad o su raza. Aunque era un niño guapo y el pájaro era un animal elegante —y ambos tenían unos hábitos sorprendentemente limpios—, había una intensidad en la forma en que estaban unidos que a la señora Panicker le resultaba más extraña que las series de números del loro o el hecho de que cantara con una dulzura que helaba el corazón.

El niño escribió con esfuerzo unas cuantas palabras más con su trozo de lápiz. El señor Kalb les echó un vistazo y luego las tradujo con un suspiro.

—«Conmigo fue amable» —dijo.

La señora Panicker intentó responder, pero parecía haber perdido la voz. Algo le subió a empellones por la caja torácica. Luego, para su vergüenza y consternación, rompió a llorar profusamente. Era la primera vez que lloraba desde una ocasión a finales de los años veinte, aunque el Señor sabía que no le faltaban razones. Lloraba porque aquel niño, aquel niño herido o mellado de alguna forma, había perdido su loro. Lloraba porque su hijo estaba sentado en una celda en el sótano del ayuntamiento, prisionero de la Corona. Y lloraba porque con cuarenta y siete años, después de veinticinco de piedad, decepción y circunspección, había sentido un interés profundamente estúpido por el nuevo inquilino, el señor Richard Shane, como si acabara de salir de una novela de baja estofa.

Se acercó al niño y se plantó delante de él. Le había lavado el trasero y lo había peinado. Le había dado comida y ropa y había recogido su vómito en una palangana cuando estuvo enfermo. Pero nunca lo había abrazado. Ahora extendió los brazos. Él se inclinó hacia delante y puso la cabeza, con cierta cautela, en la barriga de ella. El señor Kalb carraspeó. La señora Panicker notó que dejaba de mirarlos mientras ella le acariciaba el pelo al niño e intentaba recobrar la compostura para ir a la cárcel. A ella la avergonzaba llorar delante de aquel joven del Comité de Ayuda. Al cabo de un momento echó un vistazo en su dirección y vio que Kalb le estaba ofreciendo un pañuelo. Ella lo cogió y le dio las gracias en voz baja.

El niño se apartó y la examinó mientras ella se secaba los ojos. A ella la conmovió de forma absurda ver lo preocupado que parecía. El niño le dio unos golpecitos en la mano como si quisiera que ella prestara una atención especial a lo que tenía que decir a continuación. Después escribió tres palabras más en su cuaderno. El señor Kalb las examinó con el ceño fruncido. La caligrafía del niño era atroz y rudimentaria. Escribía letras e incluso palabras enteras del revés, sobre todo

en las raras ocasiones en que intentaba comunicarse en inglés. Una vez había desconcertado a su marido con una pregunta escrita que decía:

«¿POR KE AL SIOD CRITSIANO NO EL JUSTAN LOS ÑINOS JUDIOZ?».

—«Pregúntele al viejo» —leyó el señor Kalb.

—¿Qué demonios le tengo que preguntar? —dijo la señora Panicker.

Solo había visto al anciano una vez con anterioridad, en 1936, en la estación de trenes, cuando él había salido de su reclusión y de su obsesión por las abejas para recibir cinco cajones enormes que le enviaban desde Londres. Aquella mañana la señora Panicker se dirigía a Lewes, pero cuando el anciano cambió al andén que iba al sur, acompañado por el fornido hijo mayor de su vecino Walt Satterlee, ella cruzó para poder verlo más de cerca. Hacía muchos, muchos años su nombre —que por sí solo evocaba la rimbombancia y la rectitud de aquella era desaparecida— había adornado todos los periódicos y gacetas policiales del Imperio, pero fue su fama más reciente y local, basada casi exclusivamente en leyendas sobre su timidez, su irascibilidad y su hostilidad a todo contacto con la humanidad, lo que la hizo cruzar al lado del andén donde él estaba aquella mañana. Flaco como un galgo, le había explicado después ella a su marido, tenía algo canino, o más bien lupino, también en la cara, en aquellos ojos de gruesos párpados inteligentes y alertas y pálidos. Unos ojos que escrutaban los detalles y el mobiliario del andén, los textos de los tablones de anuncios, la colilla tirada de un puro o el nido hecho jirones de un estornino en las vigas del tejado en saliente. Y luego los dirigió, aquellos ojos lupinos, hacia ella. El hambre que mostraban aquellos ojos la sorprendió tanto que le hizo dar un paso atrás y golpearse la cabeza con una columna de hierro, tan fuerte que después se encontraría grumos de sangre seca en el pelo. Era un hambre puramente impersonal, si tal cosa era posible —y aquí su informe al señor Panicker decayó bajo el peso del desagrado que este sentía por la «naturaleza romántica» de ella—, un hambre desprovista de lascivia, de apetito, de malicia o de buena voluntad. Era un hambre, decidió ella más tarde, de *información*. Y sin embargo, había en aquella mirada una vivacidad, una especie de vitalidad fresca que se acercaba a la diversión, como si el hecho de pasarse toda una vida alimentándose constantemente de una dieta de observaciones mundanas hubiera conservado la juventud únicamente de sus órganos ópticos. Encorvado a la manera de los ancianos altos, pero no jorobado, estaba de pie bajo el sol radiante de abril, enfundado en un grueso abrigo estilo Inverness de lana, escrutándola, inspeccionándola y sin molestarse en esconder ni en disimular su examen. Su capa, recordó ella, había sido remendada muchas veces, sin prestar ninguna atención al dibujo de la tela o al material, y la habían zurcido en un centenar

de lugares formando un espectro abigarrado de hilos de colores.

El tren de Londres llegó enseguida y dejó los enormes cajones, que tenían agujeros redondos perforados a intervalos regulares y el nombre vetusto del caballero estampado. Claramente visible a un lado de cada caja estaba la dirección mimeografiada de una ciudad de Texas, Estados Unidos. Más tarde ella se enteró de que los cajones contenían, entre otros muchos artículos extravagantes, gruesas bandejas repletas de huevos de una variedad de abeja hasta entonces desconocida en Gran Bretaña.

La respuesta del señor Panicker, cuando ella terminó su historia, había sido característica de él.

—Lamento oír que nuestras buenas abejas inglesas son insuficientes para los propósitos de ese hombre —había dicho.

Ahora ella estaba sentada al lado del anciano, en una dependencia trasera del ayuntamiento. Por la única ventana que daba al solar vacío situado más allá venía, como si lo atrajera el anciano en persona, el murmullo de las abejas, insistente como la misma tarde sofocante. El anciano se había dedicado a cargar y chupetear su pipa durante los quince minutos que llevaban allí esperando al preso. El humo de su pipa era el más pestilente que ella, una chica criada en una casa con siete hermanos y un padre viudo, se había visto nunca obligada a inhalar. Flotaba en la sala tan denso como si fuera lana de oveja y trazaba arabescos bajo la luz dura y oblicua que entraba por la ventana.

Mientras observaba las parras de humo que se retorcían bajo la luz del sol, intentó imaginarse a su hijo en el proceso de asesinar a aquel hombre bueno y lleno de vida. Nada que ella pudiera concebir en su imaginación la podía persuadir del todo. La señora Panicker, nacida Ginny Stallard, había visto a dos hombres muertos con violencia, en ocasiones distintas, durante su infancia. El primero era Huey Blake, al que sus hermanos habían ahogado en el estanque Piltdown durante un arrebato de lucha libre semiamistoso. El otro era su padre, el reverendo Oliver Stallard, a quien el viejo señor Catley disparó un domingo a la hora de la cena después de volverse majara. Aunque todo el mundo echaba la culpa a su marido negro del carácter inestable de su único hijo, la señora Panicker sospechaba que la culpa recaía plenamente en ella. Los hombres de la familia Stallard siempre habían sido canallas o desgraciados. Ella ya casi pensaba que el hecho de que estuvieran tardando tanto en subir a Reggie de las celdas era un ejemplo más, aunque el cielo sabía que no hacía falta ningún otro, de la falta de carácter de su hijo. No se podía imaginar lo que lo estaba entreteniéndolo.

El contacto repentino de los dedos reseco del anciano en el dorso de su mano derecha hizo que el corazón le diera un vuelco.

—Por favor —dijo él echándole un vistazo a sus dedos, y ella vio que se había

quitado el anillo de bodas y lo tenía fuertemente pellizcado entre el pulgar y el índice.

Estaba claro que llevaba un buen rato dando golpecitos con el anillo en el brazo de la silla, tal vez desde el mismo momento en que se sentó en la sala de espera. El sonido de los golpecitos despertaba ecos débiles en su memoria.

—Lo siento —dijo ella.

Miró la mano con manchas de la edad que estaba encima de la de ella. Él la apartó.

—Sé lo difícil que debe de ser esto —dijo, y le dedicó una sonrisa de aliento que, sorprendentemente, la alentó—. No hay que desesperar.

—Él no lo hizo —dijo ella.

—Eso está por ver —dijo el anciano—. Pero, por el momento, confieso que estoy bastante de acuerdo con usted.

—No me engaño acerca de mi hijo, señor.

—El sello distintivo de una madre sensata, sin duda.

—No le caía bien el señor Shane, es *cierto*. —Era una mujer sincera—. Pero a Reggie no le cae bien nadie. Parece que no lo puede evitar.

Luego se abrió la puerta e hicieron entrar al pobre Reggie. Llevaba una tirita en la mejilla, se le veía un verdugón sobre la sien izquierda y su nariz parecía por alguna razón más grande de lo normal y tenía el puente de color púrpura. Ella experimentó la falsa impresión de que aquellas heridas le habían sido infligidas durante su forcejeo fatal con el señor Shane, e incluso le pasó por la cabeza la esperanza fugaz de alegar autodefensa antes de acordarse de que había oído que el detective agente Quint le decía a su marido que a Shane lo habían matado por la espalda y de un solo golpe en la cabeza. No había habido forcejeo. Un vistazo a las caras de los policías, que se dedicaron a mirar fijamente los rincones de la sala mientras conducían a Reggie a la silla vacía, le bastó para comprender la verdad.

El anciano se puso de pie e hizo un gesto con la caña de la pipa en dirección al hijo de la mujer.

—¿Se le ha hecho daño a este hombre? —dijo con una voz que sonó débil incluso a los oídos de ella, y también petulante, como si existiera una especie de obviedad moral en la paliza que la policía le había dado a su hijo que impidiera de forma inapelable cualquier amago de protesta que él o cualquiera pudiera expresar.

El horror de la situación competía en los pensamientos de ella con una voz baja y áspera que susurraba «Se lo merecía. Hacia mucho tiempo que se lo merecía». Le hizo falta toda la serenidad de que disponía —un recurso considerable, reforzado durante una vida entera de ejercicio casi continuo— para no cruzar la sala y coger en sus brazos la cabeza vapuleada y oscura de su hijo, aunque solamente fuera para arreglar el desorden de su espesa mata de pelo negro.

Los dos policías, feligreses del señor Panicker, de los que por fin consiguió

recordar los nombres de Noakes y Woollet, se quedaron mirando al anciano y parpadeando como si este tuviera algún trocito del desayuno colgando de los labios.

—Ha sufrido una caída —dijo el que ella creía que era Noakes.

Woollet asintió con la cabeza.

—Mala suerte —dijo.

—Claro —dijo el anciano.

Su cara se vació de toda expresión mientras llevaba a cabo otro de sus exámenes visuales largos y profundos, esta vez del rostro indignado del hijo, que le devolvió la mirada al anciano con una cara de odio que no consiguió asombrar a su madre, no más de lo que se sorprendió cuando al final a Reggie le falló la mirada y acabó bajándola, con aspecto de tener muchos menos años que los veintidós que tenía, para mirarse las muñecas flacas y marrones cruzadas sobre el regazo.

—¿Qué está haciendo *ella* aquí? —dijo por fin.

—Su madre le ha traído algunos efectos personales —dijo el anciano—. Estoy seguro de que le irán bien. Pero si usted quiere, le pido que espere fuera.

Reggie levantó la vista, la miró a ella y en su mohín hubo algo que se parecía al agradecimiento, cierta gratitud sardónica como si tal vez ella no fuera una madre tan horrible como él siempre había creído. Aunque en la versión de ella —que no era precisamente generosa consigo misma—, nunca le había fallado como madre, cada vez que ella lo apoyaba él parecía reaccionar con la misma sorpresa escéptica.

—Me importa un pimiento lo que haga —dijo.

—Sí —dijo el anciano en tono seco—. Sí, supongo que es verdad. Veamos. Ajá. Hum. Sí. Muy bien. Hábleme, si no le importa, de su amigo el señor Black de Club Row.

—No hay nada que contar —dijo Reggie—. No conozco a ese tipo.

—Señor Panicker —dijo el anciano—. Tengo ochenta y nueve años. La poca vida que me queda preferiría pasarla en compañía de criaturas bastante más inteligentes y misteriosas que usted. Por tanto, en aras de conservar el escaso tiempo que me queda, déjeme que yo le hable del señor Black de Club Row. Hace poco que le han llegado rumores, me imagino, de un loro extraordinario, maduro y con buena salud, que tiene un don para la imitación y una mente retentiva muy por encima de lo normal en su especie. De pertenecerle a él, nuestro señor Black podría vender ese pájaro a un criador británico o del continente por una suma considerable. Así que usted tomó la decisión e hizo todos los preparativos para robar el pájaro y vendérselo, con la esperanza de obtener una suma grande de dinero. Un dinero que, si no me equivoco, necesita usted para pagar la deuda que ha contraído con Fatty Hodges.

Las palabras fueron pronunciadas y dejadas atrás antes de que los pensamientos de ella pudieran asumirlas o bien asumir la descarga instantánea que habían suscitado en ella. Fatty Hodges era al parecer de todos y por opinión unánime el peor hombre

de los South Downs. Era imposible saber en qué embrollo se habría metido Reggie por su culpa.

Noakes y Woollet se quedaron mirando. Reggie se quedó mirando; todos se quedaron mirando. ¿Cómo podía haberse enterado?

—Mis abejas vuelan a todas partes —dijo el anciano. Torció el cuello y se frotó las manos con un ruido áspero. Un prestidigitador con sus cartas, después de sacar el as—. Y ven a todo el mundo.

La conclusión, la de que sus abejas *se lo contaban todo*, la dejó en suspenso. Ella supuso que tendría miedo de parecer loco; ya se lo consideraba bastante chiflado de por sí.

—Por desgracia, antes de que pudiera usted robar la amada mascota y único amigo de un huérfano refugiado y solitario, se le adelantó el señor Shane, el inquilino. Pero cuando se disponía a marcharse con el pájaro, a Shane lo atacaron y lo mataron. Y ahora llegamos al punto, o debería decir a uno de los puntos, en que la policía y yo discrepamos. Porque está claro que también discrepamos en cuanto a si es aconsejable o no pegar palizas a los presos de la Corona, en particular a aquellos que todavía no han sido condenados.

¡Oh!, pensó ella, ¡qué anciano tan magnífico! Por encima de su porte, de su forma de hablar, del traje de tweed y de su capa andrajosa estilo Inverness flotaba, como el aroma del tabaco picado turco, todo el vigor y la rectitud desaparecidos del Imperio.

—Oiga, señor... —terció Noakes en tono de reproche... ¿o fue Woollet?

La policía, digo —dijo el anciano, inocente y sereno— parece estar bastante segura de que fue usted quien sorprendió al señor Shane mientras se estaba llevando a Bruno y lo asesinó. Mientras que yo creo que fue otra persona, un hombre...

La mirada ferviente del anciano se abrió paso hasta los zapatos gruesos de cuero de Reggie, que brillaban por el lustre que les había sacado aquella mañana, cuando el día no prometía nada fuera de lo común.

—... con los pies mucho más pequeños que los de usted.

A Reggie se le descompuso la cara, aquella cara decepcionada, lisa como una rótula. Inmóvil salvo por una ceja y una comisura de la boca que estaban torcidas. Ahora, por un instante, su expresión se deshizo y sonrió como un niño. Sacó sus pies enormes de debajo de la mesa y los extendió hacia delante, maravillándose de su tamaño asombroso como si acabara de verlos por primera vez.

—¡Eso es lo que les he estado diciendo a estos dos! —dijo levantando la voz—. Sí, muy bien, si hubiera tenido un día más habría podido vender ese pájaro y pagar a Fatty para librarme de él. Pero no fui el único que tuvo la idea. Es Parkins el que debería estar aquí. Fue en su cartera donde encontré la tarjeta de Black.

—¿Parkins?

El anciano miró a los policías, que se encogieron de hombros, y después a ella.

—Mi inquilino más antiguo —dijo la mujer—. En marzo hizo dos años.

Ella nunca había confiado del todo en el señor Simón Parkins, se daba cuenta ahora, aunque en su apariencia nunca hubo absolutamente nada excepcional ni sospechoso. Se levantaba igual de tarde todas las mañanas, se iba a estudiar sus pergaminos, o sus calcos, o lo que fuera que examinaba en la biblioteca de Gabriel Park hasta que ya era noche cerrada, y después regresaba a su cuarto, a su lámpara y a su cena recalentada y tapada con un plato.

—¿Así que tienes costumbre de examinar el contenido de la cartera del señor Parkins, eh, Reg? —dijo Noakes o Woollet, afablemente pero tal vez esforzándose una pizca demasiado, como si sintiera que la oportunidad de adjudicarle a Reggie una acusación de asesinato se estuviera alejando y hubiera que adjudicarle alguna otra antes de que fuera demasiado tarde.

El anciano giró la cabeza hacia los policías con un chasquido audible.

—Les ruego, caballeros, que tengan ustedes también en consideración que mis días están contados —dijo—. Les ruego que no hagan preguntas superfluas. ¿Muestra Parkins algún interés en el pájaro?

La pregunta iba dirigida a ella.

—Todo el mundo mostraba interés por Bruno —dijo ella, preguntándose por qué estaba refiriéndose al loro en pasado—. Todo el mundo salvo el pobre señor Shane. ¿No es extraño?

—Está claro que Parkins tiene interés —dijo Reggie. La forma huraña en que había tratado al principio al anciano había desaparecido—. Siempre estaba apuntando cosas en su cuaderno. Cada vez que el pájaro empezaba con sus malditos números.

Por primera vez desde que llegara a la comisaría, el anciano pareció verdaderamente interesado en lo que estaba pasando. Se puso de pie sin ninguno de los gemidos y murmullos que hasta ese momento habían acompañado a dicha acción.

—¡Los números! —Puso las palmas de las manos juntas, en un gesto paralizado a medio camino entre el rezo y el aplauso—. ¡Sí! ¡Eso me gusta! El pájaro tenía costumbre de repetir números.

—Todo el puto día.

—Series interminables de números —dijo ella, sin siquiera dar muestras de haber oído la palabrota, aunque uno de los policías hizo un gesto de desagrado. Ahora se dio cuenta de que ella había visto muchas veces a Parkins sacar un cuaderno pequeño y copiar las arias numéricas que emergían del inverosímil mecanismo de Relojería que tenía Bruno en el pico negro—. Del uno al nueve, una y otra vez, sin ningún orden en particular.

—Y siempre en *alemán* —dijo Reggie.

—Y nuestro señor Parkins, ¿a qué se dedica en la actualidad? ¿Es viajante de comercio como Richard Shane?

—Es historiador de la arquitectura —dijo ella, fijándose en el hecho de que ni Noakes ni Woollet se molestaban en apuntar nada. A juzgar por su aspecto, aquellos dos gigantones sudorosos vestidos con sus abrigo de lana azul podrían no estar ni siquiera escuchando, y mucho menos pensando. Tal vez les pareciera que hacía demasiado calor para pensar. A ella le daba lástima aquel pequeño inspector tan vehemente de Londres, Bellows. No era de extrañar que hubiera acudido en busca de la ayuda del anciano—. Está preparando una monografía sobre nuestra iglesia.

—Y sin embargo nunca la visita —dijo Reggie—. Y mucho menos los domingos. El detective la miró a ella en busca de una confirmación a aquellas palabras.

—En la actualidad está investigando unos pergaminos muy antiguos de nuestro pueblo que se guardan en la biblioteca de Gabriel Park —dijo ella—. Me temo que no acabo de entender el asunto. Está intentando hacer cálculos sobre la altura que tenía la torre en la Edad Media. Todo es... una vez me lo enseñó. Parecía matemáticas en vez de arquitectura.

El anciano se apoltronó lentamente en su silla, pero esta vez con aire intensamente abstraído. Ya no la estaba mirando a ella ni a Reggie, ni tampoco, por lo que ella podía ver, miraba nada que hubiera en la sala. Ya hacía rato que tenía la pipa apagada y ahora la volvió a encender llevando a cabo una serie de pasos de forma automática, sin darse cuenta en apariencia de que lo estaba haciendo. Los cuatro seres humanos que compartían la sala con él estaban sentados o bien de pie, esperando con notable unanimidad a que él llegara a alguna conclusión. Al cabo de un minuto entero de fumar con furia, pronunció la palabra «Parkins» de forma clara y nítida y luego soltó una parrafada en voz tan baja que ella no la pudo entender. Daba la impresión, habría dicho ella, de que estaba pronunciando una conferencia para sí mismo. Una vez más se puso de pie y luego se dirigió a la puerta de la sala de espera sin echar un solo vistazo atrás. Parecía que se hubiera olvidado por completo de ellos.

—¿Qué pasa conmigo? —dijo Reggie—. ¡Dícales que me suelten, pedazo de carcamal!

—¡Reggie! —Ella estaba horrorizada. Hasta el momento su hijo no había dicho nada que se pareciera siquiera remotamente a una expresión de pesar por lo que le había sucedido al señor Shane. Había confesado sin un ápice de remordimiento su plan de robar a Bruno de las manos de un pequeño refugiado judío huérfano y también que había hurgado en los contenidos de la cartera del señor Parkins. Y ahora estaba allí, siendo grosero con el único aliado de cierto peso que había tenido nunca, aparte de ella—. Por el amor de Dios... Si no eres capaz de ver el lío en que te has metido esta vez...

El anciano se volvió hacia la sala, con una pequeña sonrisa molesta en la cara.

—Tu madre tiene razón —dijo—. En estos momentos hay muy pocas pruebas que te exculpen y un montón de pruebas circunstanciales que parecen implicarte. Estos

caballeros —señaló con la cabeza en dirección a Noakes y Woollet— estarían faltando a su obligación si te soltaran. En pocas palabras, *pareces* bastante culpable de haber asesinado al señor Shane.

Luego se puso su gorro de caza y, con un último saludo en dirección a ella, salió.

El anciano había visitado una vez con anterioridad Gabriel Park; debió de ser en algún momento de la década de 1890. Entonces también se había tratado de un caso de asesinato, y también había habido un animal de por medio: una gata siamesa, laboriosamente adiestrada para administrar un veneno malayo muy raro frotando sus bigotes contra los labios de la víctima.

En los años transcurridos desde entonces parecía que la vieja mansión había caído en la decadencia. Antes de la última guerra un incendio había destruido el ala norte, con su observatorio en forma de torreta desde cuyo párpado hendido la baronesa Di Sforza —aquella mujer majestuosa y horrible— se había precipitado hacia la muerte, con su preciosa reina de Siam abrazada contra el pecho y gimoteando. Aquí y allí uno veía tablones ennegrecidos de madera que sobresalían de la hierba alta como hileras de cabos de vela apagados. El edificio principal, junto con todas las tierras de pasto que lo rodeaban, había sido adquirido justo antes de la guerra actual por algo llamado el Centro Nacional de Investigaciones Lácteas. Su pequeño y admirablemente saludable rebaño de vacas Galloway era objeto de un inmenso escepticismo y sorna en el vecindario.

Hacía cuarenta años, recordaba el anciano, había hecho falta un regimiento de sirvientes para atender el lugar. Ahora no había nadie para cortar la hiedra ni para dar una mano de pintura a los marcos de las ventanas ni para reemplazar las tejas que se habían caído del tejado, que cinco años de ocupación por parte del Centro de Investigaciones Lácteas habían transformado de un majestuoso desfiladero de chimeneas a una nerviosa cesta de costura de antenas y cables. A los investigadores lácteos en sí se los veía muy poco en el pueblo, pero se había observado que unos cuantos de ellos parecían hablar con acentos de las lejanas tierras del centro de Europa, donde tal vez no se daban cuenta del hecho de que las vacas Galloway eran un tipo de ganado que no daba leche. El ala sur, separada del edificio principal por las ostensibles necesidades lácteas de la nación, languidecía. Un par de los Curlewe sobrevivientes moraban en su piso superior. Y en su magnífica y vetusta biblioteca —la misma sala donde el anciano había desenmascarado, por medio de una lata de sardinas sagazmente colocada, al felino ladrón—, el señor Parkins y una docena aproximada de otros historiadores demasiado mayores o incapacitados para la guerra, estudiaban el archivo mundialmente afamado y sin parangón de listas de contribuyentes, libros de contabilidad y registros judiciales que la familia Curlewe había guardado durante los siete siglos de su reinado en aquella parte de Sussex.

—Lo siento, señor —dijo el joven soldado que estaba sentado detrás de un pequeño escritorio metálico en un pequeño edificio metálico situado al final del camino para coches que llevaba a la casa. Era un edificio de fabricación reciente y

barata. Era casi imposible no ver que el soldado llevaba una Webley en una pistolera—. Pero no se puede entrar sin las debidas credenciales.

El nieto de Sandy Bellows, aquel adusto e incansable desenmascarador de charlatanes, mostró su tarjeta de identificación.

—Estoy investigando un asesinato —dijo, dando una impresión de seguridad en sí mismo menor de lo que le habría gustado a su antepasado o bien al anciano.

—Estoy enterado —dijo el soldado. Por un momento pareció genuinamente compungido por la muerte de Shane, el tiempo suficiente como para que al anciano le pareciera curioso. Luego su cara regresó a la sonrisita plácida de antes—. Pero me temo que una insignia policial no basta como credencial. Seguridad nacional.

—Nacional... hablamos de productos lácteos, ¿no? —dijo el anciano levantando la voz.

—La leche y la producción de leche son esenciales para el esfuerzo bélico británico —dijo el soldado en tono jovial.

El anciano se volvió hacia el nieto de Sandy Bellows y observó con cierto fastidio que el joven parecía aceptar aquella mentira mayúscula. El inspector sacó una tarjeta de visita de su cartera y garabateó unas pocas palabras en el dorso.

—¿Puedo pedirle que lleve este mensaje al señor Parkins? —dijo el inspector—. ¿O que mande a alguien a hacerlo?

El soldado leyó el mensaje y se lo pensó un momento. Luego descolgó un auricular negro y habló por el mismo en voz baja.

—¿Qué ha escrito? —preguntó el anciano.

El joven inspector levantó una ceja y dio la impresión de que era la cara de Sandy Bellows la que lo estaba mirando a través de las décadas, irritada y divertida.

—¿No lo adivina? —dijo.

—No sea impertinente. —Y luego, con la comisura de la boca, añadió—. Ha escrito usted: «Richard Shane ha muerto».

—Me apena mucho oír eso —declaró Francis Parkins. Estaban sentados en una sala grande del ala sur, justo debajo de la biblioteca. En algún momento había sido el comedor para sirvientes. El anciano, mientras buscaba al envenenador, había entrevistado al servicio doméstico en aquella misma mesa. Ahora la sala se usaba como una especie de cantina. Ciudades derruidas de tarros de té. Envoltorios de galletas. Un fogón para el hervidor y un olor acre a café requemado. Los ceniceros estaban sin vaciar—. Era un buen tipo.

—Sin duda —dijo el anciano—. También era un ladrón de loros.

Aquel Parkins era un hombre larguirucho y esbelto, que vestía como un profesor universitario con un traje de tweed caro y mal cuidado. Su cabeza parecía demasiado grande para su cuello, igual que su nuez para su garganta y sus manos para sus muñecas blancas y frágiles. Eran unas manos inteligentes, ágiles y expresivas.

Llevaba unas gafitas con montura metálica cuyas lentes reflejaban la luz de una forma que hacía difícil leerle los ojos. Tenía todo el aspecto de ser un tipo tranquilo y aposentado. No se podía sacar ninguna conclusión de la reacción de Parkins a la noticia de la desaparición del loro, a menos que esta se encontrara en su misma réplica.

—¿Dónde está Bruno ahora? —dijo.

Encendió un cigarrillo y tiró la cerilla al montón de colillas que había en el cenicero más cercano. Con la cara y los ojos ilegibles posados sobre el inspector, no prestaba la más mínima atención a su compañero, un hombre bajito y quemado por el sol que se presentó a sí mismo, sin dar explicaciones de su presencia en la entrevista, como el señor Sackett, director ejecutivo de Investigaciones Lácteas. Aparte de revelar su nombre y su cargo, Sackett no dijo palabra. Pero encendía sus cigarrillos como un soldado, apresuradamente, y escuchaba con aire de ser alguien acostumbrado a buscar defectos en estrategias. Era muy poco probable, pensó el anciano, que alguna vez hubiera estado cerca de una vaca.

—Teníamos ciertas esperanzas de que eso nos lo pudiera decir usted —dijo el anciano.

—¿Yo? ¿Sospechan de mí?

—En absoluto —dijo el inspector con solemnidad—. Ni por un momento.

—No más —dijo el anciano— de lo que creemos que esté usted llevando a cabo complejos cálculos matemáticos de la altura de la torre del campanario en el siglo catorce.

Ah. Aquello abrió un resquicio. La luz se apagó en las lentes de sus gafas. Parkins miró al señor Sackett, cuya cara carnosa era tan elocuente en su falta absoluta de expresión como un puño.

—Caballeros —dijo Parkins al cabo de un momento—. Inspector. Les aseguro que no he tenido nada que ver con la muerte del señor Shane, ni tampoco con la desaparición de ese admirable pájaro. Me he pasado los dos últimos días en la cama o aquí en la biblioteca, aunque no puedo dar pruebas de esto que digo, me temo. Puedo, sin embargo, demostrarles que mis investigaciones son genuinas. Déjenme que vaya a buscar mi cuaderno y les enseñaré...

—¿Cuál es la altura actual de la torre del campanario? —dijo el anciano.

—Cuarenta metros con treinta y nueve centímetros —dijo Parkins de inmediato. Sonrió. El señor Sackett dio unos golpecitos para hacer caer la ceniza de su cigarrillo.

—¿Y en mil trescientos doce?

—Yo diría que unos cinco metros más baja, aunque está por demostrar.

—¿Es una cuestión difícil de comprobar?

—Terriblemente difícil —dijo Parkins.

—Y sin duda importante.

—Solamente para los ratones de biblioteca como yo, me temo.

—Por lo que tengo entendido, Bruno le ha proporcionado ciertas informaciones cruciales.

—No le entiendo.

—Los números —dijo el inspector Bellows—. Usted los va apuntando. Los registra.

La vacilación fue breve, pero al anciano le habían mentido algunos de los más grandes mentirosos de su generación, entre los cuales la modestia no le impedía incluirse a sí mismo. Los casi treinta años que había pasado prácticamente en la única compañía de criaturas cuya sinceridad no se podía disputar parecían no haber tenido ningún efecto negativo en la sensibilidad de su instrumento. Parkins estaba mintiendo como un bellaco.

—Solo para entretenerme —dijo Parkins—. No significan nada. No tienen ningún sentido.

Un entramado delicado e inexorable de interferencias empezó a ensamblarse, como un cristal, en la mente del anciano, temblando y reflejando la luz en forma de destellos y conjeturas. Era el placer más intenso que la vida podía proporcionar, aquella cristalización deductiva, aquel paroxismo de hipótesis, y se trataba de un placer del que había vivido desprovisto durante una temporada terriblemente larga.

—¿Qué es lo que sabe Bruno? —dijo—. ¿De quién son los números que ha sido adiestrado para repetir?

—Me temo que aquí no nos ocupamos de esa clase de cuestiones —dijo el señor Sackett en voz baja.

—¿Debo entender —dijo el anciano— que el señor Parkins es un empleado, o por decirlo de alguna forma un miembro, de su organización, señor Sackett? ¿Existe alguna conexión vital entre la arquitectura eclesiástica normanda y el ordeñado del ganado vacuno que a mí me ha pasado por alto?

El inspector intentó valerosamente disimular su risa con un acceso de tos. El señor Sackett frunció el ceño.

—Detective inspector Bellows —dijo Sackett en voz todavía más baja—. Me pregunto si podría hablar a solas con usted.

Bellows asintió, los dos se levantaron y salieron al pasillo.

Justo antes de salir de la sala, el señor Sackett se giró y dirigió una mirada de advertencia al señor Parkins que hizo que se le ruborizaran las mejillas.

—Me temo que voy a ser apartado del caso —dijo el anciano.

Pero la escarcha luminosa había regresado a las lentes de las gafas del señor Parkins. Esbozó una débil sonrisa. El grifo goteaba en la pica. Se empezó a quemar el filtro de un cigarrillo que había en uno de los ceniceros atiborrados y la sala se llenó de un olor acre a pelo. Un momento más tarde el inspector regresó a la sala, solo.

—Gracias, señor Parkins. Puede marcharse —dijo. Luego se volvió hacia el anciano, con expresión de disculpa y con un eco grabado en la voz, por así decirlo, del susurro duro e imperioso del señor Sackett—. Ya hemos terminado aquí.

Una hora más tarde Reggie Panicker fue liberado después de que se retiraran todos los cargos contra él, y al día siguiente la investigación concluyó oficialmente que la muerte de Richard Woolsey Shane había sido resultado de un accidente cuya naturaleza no se especificaría ni entonces ni después.

Las abejas sí le hablaban, en cierta manera. El zumbido inexpresivo, el simple vacío sonoro que otros oían era para él una narración cambiante, rica, llena de inflexiones, variable y nítida como las piedras desperdigadas de una playa de guijarros grises y vulgares, y él se desplazaba por aquel ruido, atendiendo a sus abejas como alguien que peina una playa, encorvado y lleno de maravilla. El sonido no tenía ningún sentido, por supuesto —él no estaba tan chiflado—, pero aquello no quería decir, en absoluto, que el canto no significara nada. Era el canto de una ciudad, una ciudad situada tan lejos de Londres como Londres lo estaba del paraíso o de Rangún, una ciudad en la que todo el mundo hacía exactamente lo que tenía que hacer, de la forma que había sido establecida de antemano por sus antepasados más remotos y venerables. Una ciudad en la que las piedras preciosas, los lingotes de oro, las cartas de crédito o los planes navales secretos no eran nunca robados, en la que los hijos segundos perdidos desde hacía mucho tiempo y los primeros maridos fracasados en la vida no aparecían procedentes del valle de Wawoorá ni del Rand con algún ingenioso truco provinciano para matar de miedo a algún viejo ricachón. Sin apuñalamientos, estrangulamientos, palizas ni tiroteos. Casi exenta de violencia, salvo por algún regicidio de vez en cuando. Todas las muertes en la ciudad de las abejas estaban programadas, preparadas de antemano hacía decenas de millones de años. Cada muerte era transformada nada más ocurrir, de forma eficaz e inmediata, en más vida para el panal.

Era una de esas ciudades en las que un hombre que se había ganado la vida entre asesinos y rufianes podía elegir pasar el resto de sus días, escuchando su canto, igual que un joven recién llegado a París o a Nueva York o a Roma (o incluso, tal como recordaba vagamente, a Londres) salía al balcón de una habitación alquilada o a la azotea de una casa de vecinos para escuchar el ronroneo del tráfico y la fanfarria de las bocinas y sentir que estaba oyendo la música de su propio destino misterioso.

Entre la epopeya de las abejas y el ruido áspero de su propia respiración en el interior de su redcilla protectora, no pudo oír, del mismo modo que tampoco lo había esperado, el sedán largo y negro que apareció al día siguiente de su entrevista con Parkins. El anciano no se giró hasta que el hombre de Londres estuvo a menos de tres metros a su espalda. Una presa fácil, pensó, enfadado consigo mismo. Era una suerte realmente que todos sus enemigos estuvieran muertos.

El hombre de Londres iba vestido como un ministro pero se movía como un soldado apartado del servicio. Era fornido de pecho, rubio, tenía los ojos guiñados como si estuviera bajo un cielo hostil, y se acercó a los panales arrastrando de una forma curiosa el pie izquierdo, calzado con un elegante zapato grueso Cleverley. Lo bastante mayor como para haber acumulado una veintena de enemigos, estaba claro,

pero no lo bastante como para haberlos sobrevivido a todos. Su chófer esperó junto al coche, que tenía matrícula de Londres y unos faros estrechos y apagados que parecían la réplica de los ojos entornados por el sol de su pasajero.

—¿Nunca le pican? —dijo el hombre de Londres.

—Todo el tiempo.

—¿Y duele?

El anciano levantó la redecilla para no tener que desperdiciar un sí perfectamente valioso en una pregunta tan necia. El hombre de Londres escondió el asomo de una sonrisa en su bigote rubio encanecido.

—Supongo que sí —dijo—. Le gusta la miel, ¿no?

—Pues no particularmente —dijo el anciano.

El hombre de Londres pareció un poco sorprendido por aquella respuesta, pero asintió y contestó que a él tampoco le volvía loco la miel.

—¿Sabe quién soy? —dijo al cabo de un momento.

—Conozco su género y especie —dijo el anciano. Levantó una mano hacia su velo de redecilla como si lo fuera a volver a bajar. Luego se quitó todo el sombrero y se lo puso debajo del brazo—. Será mejor que entre.

El hombre de Londres eligió la silla que estaba junto a la ventana e hizo un intento discreto de levantar el marco de la misma para dejar entrar un par de centímetros de aire fresco en la sala. Era la silla menos cómoda de la casa y combinaba las peores cualidades de un caballete para serrar y de un banco de iglesia, pero el anciano no se engañaba a sí mismo acerca del olor que reinaba en la sala. A pesar de no poderlo oler ya, no más de lo que un oso, o ya puestos un ogro, puede percibir o preocuparse por el hedor de su oscuro cubil.

—Puedo ofrecerle una taza de té —dijo, aunque de hecho no estaba nada seguro de poder—. Creo que mis existencias datan de principios de la década de mil novecientos treinta. No sé, coronel, si las hojas del té se vuelven amargas con el tiempo o si pierden todo su sabor, pero estoy razonablemente seguro de que las mías han encontrado su destino. ¿Tengo razón? ¿Es usted el coronel...?

—Threadneedle.

—Coronel Threadneedle. ¿De caballería?

—Infantería montada. De los Lennox Highlanders.

—Ah, entonces whisky.

La propuesta fue ofrecida y aceptada con el mismo espíritu de buen humor hostil que había caracterizado hasta entonces su trato con el oficial de inteligencia, pero de pronto lo acometió el nerviosismo al no estar seguro de si el whisky que acababa de ofrecer de forma tan caballerosa había sido consumido años atrás en una casa distinta, si tal vez se había evaporado o convertido en una pasta con la textura del alquitrán, o bien si tal vez nunca había sido whisky, si nunca había existido. Cinco minutos de

espeleología en las regiones más profundas del armario del rincón dieron como resultado una botella de Glenmorangie, sepultada bajo una capa de polvo que podría haber repelido a un Heinrich Schliemann. Se quedó allí de pie, temblando de alivio, y se secó el sudor del ceño con el dorso de su brazo enfundado en un cárdigan. De joven, el que lo apartaran de una investigación había sido un acontecimiento positivo, un hito en el camino a su solución, y más aún, algo emocionante.

—¡Lo encontré! —dijo levantando la voz.

Vertió una cantidad generosa en un vaso razonablemente limpio y se lo dio al hombre de Londres antes de sentarse laboriosamente en su sillón. El recuerdo del sabor del whisky escocés era en su boca como el olor a hojas quemadas que se queda en una bufanda de lana. Pero los cables que impedían que se desplomara eran tan escasos y estaban tan deshilachados que tuvo miedo de aflojarlos.

—Este país —empezó a decir el coronel— enseguida perdona a sus enemigos y se da demasiada prisa en olvidar a sus viejos amigos. —Inhaló profundamente los tres dedos de whisky de su vaso, como para purgarse los orificios nasales, y luego se bebió la mitad de un trago. Gruñó, de forma tal vez involuntaria, y soltó un suspiro nostálgico de satisfacción: el paso de los años era, en todos los demás sentidos, tan cruel—. Al menos, así es como yo lo veo.

—Confío en haber prestado algún pequeño servicio, de vez en cuando, a lo largo de los años.

—Se ha considerado —empezó a decir el coronel— que se le debía a usted una explicación.

—Muy amable.

—El niño es el hijo de un tal doctor Julius Steinman, un médico de Berlín. Para mí el nombre no significa nada, pero en círculos psiquiátricos... —Hizo una mueca para indicar lo que pensaba de los psiquiatras y de sus opiniones. El anciano percibió el juicio sin compartirlo. Como médicos, sin duda, los psiquiatras dejaban algo que desear, pero a menudo eran buenos detectives—. Parece que el tipo tuvo cierto éxito tratando ciertos desórdenes del sueño. Dios sabe cómo. Con drogas, me imagino. En cualquier caso, el niño y sus padres se libraron de ser deportados en mil novecientos treinta y ocho. Tengo entendido que los sacaron del tren en el último momento.

—Alguien que tenía pesadillas —dijo el anciano.

—No me extrañaría.

—Alguien metido en asuntos de códigos y cifras.

—«Metido» en algo muy secreto, en cualquier caso. —Miró con cariño el último dedo de whisky de su vaso y luego se despidió del mismo—. Alguien que conservó a su médico personal judío todo el tiempo que pudo. Para evitar las pesadillas. Lo tenía alojado consigo en alguna clase de campamento o instalaciones secretas. A toda la familia. Esposa, niño y loro.

—Donde el loro, con todo el sigilo y la astucia por los que se conoce a su especie, procedió a aprenderse de memoria las claves cifradas de la Kriegsmarine.

El hombre de Londres apreció el sarcasmo tal vez un poco menos de lo que había apreciado el whisky.

—Alguien se las enseñó, naturalmente —dijo—. O por lo menos esa es la teoría. Ese tal Parkins lleva meses estudiando el caso, por lo visto. En cuanto nos enteramos...

—Intentaron hacer que Reggie Panicker lo robara para ustedes y se lo vendiera a ese tal señor Black, que me imagino que es empleado suyo.

—No que yo sepa —dijo el hombre de Londres, y en su tono se podía percibir la sugerencia cortés de que el alcance de aquella información era más que suficiente para cualquier propósito que tuviera el anciano—. Y se equivoca usted en lo del joven Panicker. No tuvimos nada que ver con eso.

—Y no les importa a ustedes quién les mató al señor Shane.

—Oh, sí que nos importa. Por supuesto. Shane era un buen hombre. Un agente experto. Su muerte resulta de lo más inquietante, sobre todo porque implica a las claras que alguien ha sido enviado para recuperar su pájaro. —No pareció creer necesario sugerir quién podía haber mandado a aquel enviado—. Puede ser alguien que ha estado escondido en la campiña cerca de aquí. Puede ser uno de esos espías que solamente entran en actividad después de un tiempo, alguien que ha estado viviendo y trabajando en el pueblo desde mucho antes de que empezara la guerra. O puede que en estos momentos se encuentre en mitad del mar del Norte, de camino a casa.

—O puede que esté en su estudio de la vicaría, trabajando duro en un sermón para este domingo. Un sermón cuyo texto esté tomado del segundo capítulo de Oseas, versículos uno a tres.

—Tal vez —dijo el hombre de Londres con una tos seca que parecía emplear de forma intencionada como representante de una risa de verdad—. Su joven amigo el inspector está investigando ahora al padre.

—Sí, debe de estar en ello.

—Pero parece poco probable. El tipo cultiva rosas, ¿no?

—Un hombre amargado, decepcionado y celoso mata al hombre al que cree el amante de su mujer, ¿eso le parece a usted poco probable? Por otro lado, un espía nazi asesino con órdenes de secuestrar un loro...

—Sí, bueno. —El coronel miró dentro del vaso vacío de whisky y las mejillas se le ruborizaron dando una impresión de disgusto—. Es simplemente que si se diera la oportunidad nosotros haríamos lo mismo, ¿verdad? —Dentro del coronel parecía haber tenido lugar cierto aflojamiento de sus cables internos, pero el anciano dudaba que la culpa fuera de un vaso polvoriento de whisky escocés. Había conocido a la flor

y nata de los servicios secretos ingleses, desde la época del Great Game hasta los primeros ecos de los cañones en Mons. Y a fin de cuentas el oficio de aquella gente se reducía al simple trabajo de un espejo: inversiones y reflexiones, ecos. Y siempre había algo descorazonador en las cosas que uno veía en un espejo—. Si *ellos* tuvieran un loro atiborrado hasta las cejas de *nuestro* código naval, está claro que *nosotros* haríamos todos los esfuerzos posibles por recuperarlo.

Se levantó de aquella silla tan dura con un crujido de los listones de su armazón de soldado. Luego, echando un último vistazo nostálgico a la botella de whisky escocés, fue hasta la puerta.

—Esta es una guerra que estamos intentando no perder por todos los medios —dijo—. Un loro sabio no es ni mucho menos la cosa más ridícula de la que puede depender su resultado.

—He prometido encontrar a Bruno —dijo el anciano—. Y lo haré.

—Si le sale a usted bien... —dijo el coronel. Un haz alargado de la tarde de verano se coló en la casa cuando abrió la puerta. El anciano pudo oír el canto de las abejas en sus ciudades. La luz misma era del color de la miel. Frente al porche el chófer se despertó de su estupor y el motor del sedán volvió a la vida con un ronroneo—. Gracias de parte de una nación que le está en deuda y esas cosas.

—Se lo devolveré al *chico*.

Aquello sonó más petulante de lo que el anciano pretendía, en un tono aflautado y tembloroso, y se arrepintió de haberlo dicho. Su visitante ni siquiera podía considerarlo la bravata hueca de un vejstorio.

El hombre de Londres frunció el ceño y dejó escapar un suspiro que podía ser de amargura o de admiración. Luego el coronel negó una sola vez con la cabeza, con firmeza, de una forma que el anciano se imaginaba que normalmente bastaba para cualquier propósito anulador que pudiera aparecer en el curso de un día de trabajo. El coronel sacó un papel y un trozo mordisqueado de lápiz. Apuntó un número en el dorso del papel y lo metió cuidadosamente en una grieta del marco deformado de madera de la puerta. Justo antes de salir se dio la vuelta y miró al anciano con una expresión extrañamente especulativa en la cara.

—Me pregunto a qué debe de saber la carne de loro —dijo.

Los panales eran una hilera de cajones con tejado a dos aguas situados al lado sur de la casita de campo, pagodas en miniatura, blancas y escalonadas como pasteles de boda. Una de las colonias databa de 1926; en su fuero interno él siempre la había llamado el «Viejo Panal». El «Viejo Panal» había sido engendrado y gobernado por generaciones de reinas fuertes y prolíficas. Para el anciano era tan antiguo como la propia Gran Bretaña, como los huesos calcáreos de los South Downs. Y ahora, igual que en cada uno de los diecisiete veranos anteriores, había llegado el momento de despojarlo de su miel.

En la mañana propuesta para la extracción, estuvo leyendo a J. G. Digges hasta las cuatro, después durmió de forma entrecortada durante una hora hasta que supo que era el momento de levantarse. Nunca se había fiado de los despertadores. Toda su vida había tenido el sueño ligero, y en su ancianidad sufría insomnio declarado. Cuando dormía, sus sueños eran acertijos y problemas de álgebra que le impedían descansar. Por lo general prefería permanecer despierto.

Todo se demoró más de lo que debería: las abluciones, el café, cargar la primera pipa del día. Nunca había aprendido a cocinar, y la chica de los Satterlee que lo cuidaba últimamente no llegaría hasta las siete. Para entonces ya estaría enfrascado en su trabajo con los panales. Así que no comió nada. Y sin embargo, aunque no se molestara en desayunar, descubrió con fastidio que para cuando hubo terminado de librar su batalla diaria en el lavabo, para cuando hubo lavado sus viejos brazos y piernas, hubo cerrado todas las cremalleras de su traje de apicultor y se hubo puesto las botas con suela de goma y el sombrero de apicultor, el sol ya había salido y estaba alto en el cielo. Iba a ser un día caluroso, y cuando las abejas tenían calor estaban descontentas. Por lo menos de momento seguía habiendo cierta frescura nocturna en el aire, niebla en las tierras altas y un aroma denso a mar. Así que malgastó otros cinco minutos saboreando su pipa. La frescura matinal, el tabaco picado encendido, el sopor de finales de verano, las abejas saciadas de miel: hasta que llegó la reciente aventura del loro sabio aquellos habían sido los placeres de su vida. Unos placeres animales, lo reconocía.

Una clase de cosas que antaño habían significado muy poco para él.

Las suelas de sus botas crujieron en la hierba mientras iba al cobertizo a buscar sus herramientas de asaltador y crujieron cuando fue cojeando hasta las colmenas. Notó el olor a ungüento de la miel de brezo cuando todavía no había cruzado la mitad del jardín donde las tenía. Aquel año el verano había sido bueno para el brezo. Los Satterlee estarían contentos: en virtud de un antiguo acuerdo la familia vendía la producción de sus colmenas y se quedaba con las ganancias, y la miel de brezo alcanzaba cuatro o cinco veces el precio de cualquier variedad común.

Por fin llegó junto al «Viejo Panal», sosteniendo su ahumador y el frasco tapado de benzaldehído. La colmena despedía cierto aire de satisfacción condenada, como una ciudad durmiendo la mona el día después del carnaval mientras era contemplada desde la cima de una colina por un ejército de hunos. El anciano aspiró una calada larga de humo y luego se agachó hasta el suelo, apoyándose en el ahumador para no perder el equilibrio. Había un par de obreras ociosas frente al portal redondo de su ciudad.

—Buenos días, señoras —dijo. O tal vez solo lo pensó.

Acercó los labios al agujero de entrada y sopló en el interior una densa y rancia exhalación de tabaco barato. Había criado a su ganado infundiéndoles una recomendable docilidad, pero cuando uno iba a robarles su miel era mejor no correr ningún riesgo. El tabaco picado que él fumaba tenía unos notables poderes de tranquilización; el *British Bee Journal* había publicado sus notas al respecto.



Se puso de pie con un ruido como de carraca y se preparó para quitar el alza, con sus panales gruesos y llenos de cera. No era una tarea que le gustara. Las alzas se volvían cada año más pesadas. No costaba mucho imaginarse que tropezaba de

camino al porche techado que había detrás de la casa y donde tenía el extractor: se le partía un hueso crucial y todos los paneles astillados con la miel se desparramaban por el suelo. No tenía exactamente miedo de morir, pero había eludido a la muerte durante tantos años que esta había llegado a resultarle formidable simplemente por aquel largo acto de evasión. En concreto tenía miedo de morir de alguna forma indigna, en el retrete o con la cara hundida en las gachas.

Sacó la pipa con cuidado y se la guardó en el amplio bolsillo de su traje de apicultor junto con sus cerillas y su bolsita de tabaco. El aldehído benzoico solo era moderadamente inflamable, pero la perspectiva de incendiarse a sí mismo con su propia pipa se ajustaba a sus peores ideas sobre la indignidad de la visita que podía hacerle alguna vez la muerte. Después de quitar la pipa de en medio, destapó el frasco de cristal marrón y su órgano olfativo quedó abrumado, casi anulado, por una desagradable vaharada de olor a mazapán. Roció generosamente con aquel líquido el relleno de fieltro del ahumador. Luego cogió el tejado en punta de la colmena y lo levantó. Deprisa, casi dejándolo caer, lo puso en el suelo y regresó al panal, al hermoso panal, cada una de cuyas celdas estaba sellada con un tapón de cera robustamente fabricado por las abejas. Tenía la extraña palidez de los panales de brezo, una blancura intensa, tan blanca como la muerte o como las gardenias. Despertaban admiración en él. De vez en cuando una abeja sorprendida en medio de sus asuntos contemplaba el significado del trastorno, el repentino estallido de luz del día. Una de ellas, una heroína de su pueblo, se elevó de golpe en el aire para atacarlo. Si lo picó, él no pareció darse cuenta. Ya hacía mucho tiempo que se había acostumbrado a las picaduras. Dejó el ahumador sobre la pálida extensión del panal y volvió a colocar el tejado para cubrirlo. Al cabo de pocos minutos el odiado olor del aldehído habría empujado a cualquier abeja que todavía quedara en el panal al siguiente nivel de la colmena.

Cuando tenía bajado el velo de su sombrero por lo general no oía nada más que su respiración y el murmullo de las abejas. Pero esta vez no se había molestado en bajarse el velo, de tan lentas y gordas que estaban sus abejas, así que tuvo la oportunidad de oír el grito ahogado que sonó detrás de él. Fue más un jadeo que un grito en realidad, breve y decepcionado. Al principio creyó que debía de ser la chica de los Satterlee, pero cuando se giró vio al niño de pie junto al cobertizo, chupándose el dorso de la mano. Llevaba los mismos pantalones cortos y limpios y la misma camisa planchada que el día de su primer encuentro, pero al verlo allí de pie sin su loro al anciano le dio la impresión de que le faltaba algo de forma muy llamativa.

El anciano sonrió.

—Duele, ¿verdad?

El niño asintió lentamente, demasiado sorprendido o demasiado dolorido para fingir que no entendía. El anciano caminó tranquilamente hacia él, negando con la

cabeza.

—Menudo chico tan singularmente *desafortunado* eres —dijo—. Déjame que le eche un vistazo.

Le cogió la mano al niño. En el dorso, justo debajo de la muñeca, tenía un bultito inflado de carne y en su centro el filamento negro del agujijón. El anciano extrajo una caja de cerillas del bolsillo con cremallera de su traje de apicultor y sacó de dentro la bandejita de las cerillas. Mientras sostenía la bandejita con la mano izquierda, con la derecha aplanó la funda exterior de la caja de cerillas. Luego, usando el borde del cartón aplanado, raspó la mano del niño hasta sacar el agujijón. El niño estuvo llorando a moco tendido durante todo el proceso.

—No hay que arrancarlos —le dijo al niño con una brusquedad que no era del todo su intención.

Era consciente de que existía un vocabulario para consolar a los niños compungidos, pero él nunca se había molestado en aprenderlo. A lo largo de los años los chicos le habían servido bien —¡aunque aquello había sido en otro siglo!—, ampliando el alcance de sus ojos y orejas, pasando invisibles por callejones y patios oscuros donde la presencia de él habría atraído una atención indebida, colándose por encima de los dinteles, por las puertas traseras de tabernas hostiles y entrando y saliendo de los establos de criadores corruptos de caballos. Y a su manera altivamente jocosa él había hablado con aquellos chicos e incluso se había preocupado distraídamente por ellos. Pero se trataba de una clase totalmente distinta de niños, andrajosos, rudos, necesitados y ávidos, con agujeros en los zapatos y agujeros en lugar de ojos, chicos a los que el hambre y la pobreza habían adiestrado para que mostraran el espectro más corto posible de emociones humanas. Antes habrían bebido lejía que dejarse ver en público derramando una lágrima.

—Solamente sirve para extender el veneno.

El agujijón cayó al suelo. El niño recuperó su mano y examinó la hinchazón rosada de la histamina. Luego devolvió la mano al consuelo de su boca. Había algo en la imagen del niño mudo chupándose el dorso de la mano que hizo enfurecer al anciano. Permitió que el deseo de abofetear al niño en la mejilla lo emocionara durante un instante.

—Espera —dijo—. No hagas eso.

A tuestas, con la furia y la artritis entorpeciéndole los dedos, intentó volver a ensamblar los componentes de la caja de cerillas. El cajoncito se volcó y las cerillas se desparramaron por el suelo. El anciano soltó una palabrota. Luego, al mismo tiempo de forma deliberada y movido por un impulso descabellado, soltó una segunda palabrota, horrible, en alemán. Las sílabas agradablemente rancias escaparon de sus labios con un chasquido audible de placer.

El niño dejó de besarse el dorso irritado de la mano. Una expresión maligna

animó aquellos ojos grandes y sombríos, un destello de aquella sorna dura y parecida a la mirada de un loro que de vez en cuando, durante aquel siglo XIX ya desaparecido, había relucido en los ojos duros y huecos de aquellos poco ortodoxos y andrajosos granujillas. El niño despojó al anciano de las mitades rotas de la caja de cerillas, se arrodilló, recogió a toda prisa las cerillas desparramadas y las metió cuidadosamente en su lugar. Le devolvió la caja al anciano y este se la guardó de nuevo en el bolsillo con cremallera de su traje de apicultor y sacó la bolsita del tabaco picado. Sacó un pellizco, dejando caer una lluvia de confeti rancio en el suelo. Sacó su lengua de ogro, puntiaguda y agrietada. Un chorrito de su saliva de dragón. Luego extendió la mano en dirección al niño.

—Dame —dijo el anciano con toda la amabilidad que pudo.

Tenía la sensación de no estar siendo amable en absoluto. El niño lo entendió. Le pasó la mano herida al anciano, con una cara al mismo tiempo seria y expectante, como si estuvieran a punto de sellar algún pacto de muchachos con esos pinchazos que hacen brotar gotas de sangre o con palmas de manos ungidas de saliva sacrosanta. El anciano colocó el pegote de tabaco mojado sobre el verdugón. Cogió la otra mano del niño y presionó la palma contra la picadura de la abeja y el grumo de tabaco.

—Así. Aguántalo así.

El niño obedeció mientras el anciano se esforzaba por sacar el ahumador del alza de encima. Confiaba en no haberlo dejado allí demasiado tiempo. Una exposición prolongada al humo podría estropear el aroma de la miel. Tras dejar a un lado el ahumador agarró los extremos del alza cargada de miel y caminó dando tumbos hacia el porche donde efectuaba la extracción, esforzándose de forma febril e intentando con una desesperación que lo entristecía disimular el hecho de que estaba dando tumbos. Su esfuerzo no consiguió engañar al chico.

Se oyó el crujido de unas suelas de goma sobre la hierba y el chico apareció de repente allí, a su lado, agarrando un extremo del armazón rectangular del alza con la mano herida, cuya hinchazón ya parecía haber empezado a remitir.

Fueron juntos hasta el porche. El niño no miraba a los ojos del anciano sino al espacio que lo rodeaba, echando vistazos rápidos y recelosos, como si temiera que lo atacara alguien más. Mientras el anciano intentaba abrir como podía la puerta mosquitera, el peso del armazón fue recayendo inexorablemente sobre el niño. Y lo aguantó. Entraron avanzando pesadamente en el porche, donde esperaba el centrifugador, con su enorme manivela dentada, con el aire paciente y lleno de reproche de toda la maquinaria de granja cuando no se está usando. Aunque estaba abierto, en el porche flotaba todavía una penumbra sombría y avinagrada de cosechas de años anteriores. Dejaron la bandeja con su cargamento de cera extrañamente radiante sobre una sábana limpia y emprendieron el camino de vuelta a las colmenas.

Trabajando solo —su forma preferida, e inevitable, de trabajar durante los últimos treinta años— podría haber tardado hasta bien entrado el atardecer en sacar una por una las alzas de las seis colmenas, a razón de dos alzas por colmena; en corlar los armazones de los paneles; en separar las cubiertas de cera con el filo calentado de un cuchillo de cortar pan; en cargar con secciones goteantes de panal cortado hasta el extractor y darle a la manivela hasta que toda la miel a la que se podía convencer para que abandonara los panales era vertida, mediante distintas operaciones de fuerza centrífuga y gravitatoria, en los frascos de reposo; en asegurarse de que el porche estuviera bien cerrado y sellado contra incursiones vengativas; y en devolver las alzas saqueadas a las colmenas. Con la ayuda de Linus Steinman, cada vez más competente a medida que avanzaba el día, inteligente y habilidoso y bendecido con el don maravilloso e incondicional de la ausencia de conversación, terminó la tarea poco después de las cuatro de la tarde. Se quedaron juntos en el porche protegido con tela mosquitera, en medio del olor denso y pestilente —parecido a la atmósfera de un planeta de fermentación y podredumbre, parecido al planeta Venus con todo su supuesto alboroto insalubre e inhospitalario— de la miel. Al detenerse el centrifugador el porche, la granja y la inmensa cuenca de campiña verde y tediosa que los rodeaba parecieron llenarse de una masa espesa y gomosa de silencio.

De repente la comodidad de su trabajo mutuo los abandonó. Se miraron entre ellos.

El niño tenía algo que decir. Se palpó los bolsillos con unos dedos que se le pegaban a la tela de los pantalones cortos y de la camisa con un susurro áspero. Su trozo de lápiz apareció en el bolsillo trasero de sus pantalones cortos, pero a medida que la búsqueda del cuaderno continuaba sin arrojar resultados una arruga apareció en el ceño condenado al fracaso del niño. Se estuvo dando palmadas por todo el cuerpo hasta que se le formaron filamentos de miel entre las yemas de los dedos y los bolsillos, cubriéndolo de una capa vaporosa parecida a una telaraña. El anciano observó impotente cómo el niño, cada vez más agitado, hilaba filamentos de pérdida procedentes de las palmas de sus manos y de sus dedos. Sin duda el cuaderno, tras la ausencia continuada de Bruno, era lo único que le quedaba a modo de compañero de sus pensamientos.

—Tal vez se te ha caído junto a las colmenas —sugirió el anciano, y mientras las pronunciaba oyó la nota de alivio genuino que al menos había logrado infundir a sus palabras y al mismo tiempo la absoluta ausencia adulta de esperanza que expresaban.

Recorrieron todo el jardín donde estaban los panales y allí el anciano, con las articulaciones matándolo de dolor y los músculos temblorosos, consiguió acercar sus despojos traqueteantes al suelo. Con su aplomo canino de costumbre peinó el jardín en busca del resto barato de cartón y pulpa que quedaba de la voz perdida del niño. Desde el ángulo bajo de su exploración las seis colmenas se veían blancas y solemnes

a la luz del sol vespertino, como una calle de templos de Lucknow o de Hong Kong. Mientras gateaba por el suelo volvió a su mente la posibilidad de morirse, y descubrió con placer que ninguna sombra de indignidad oscurecía aquella posibilidad. Una vida larga descartaba todo lo que no fuera esencial. Algunos ancianos terminaban sus vidas como poco más que la suma total de sus recuerdos, otros como nada más que un par de pinzas, o un puñado de amargos axiomas demostrados. A él le agradaría bastante acabar no siendo nada más que un simple gran órgano de detección que hurgaba en el vacío en busca de una pista.

Al final, sin embargo, se vio obligado a admitir que no había nada que encontrar. Cuando se levantó luchando por conservar el equilibrio, el dolor palpitante de sus articulaciones era como un sentimiento universal de pérdida, la acción sobre sus huesos de la resistencia implacable que mostraban algunas cosas, una vez perdidas, a ser encontradas. Pesadamente, como si lo estuviera recogiendo del otro lado del mar del Norte, el niño dejó escapar un suspiro. El anciano se puso de pie y se encogió de hombros. Con la conciencia del fracaso pareció que una sombra gris le oscurecía los sentidos, como si un enorme satélite inexorable como una nube estuviera cruzando el cielo y tapando el rostro del sol. El mundo se vació de significado igual que la luz huye durante un eclipse. El enorme corpus de experiencia y sabiduría, de corolarios y resultados observados, de los cuales se sentía el maestro, quedó inutilizado de un plumazo. El mundo que lo rodeaba era una página de texto ilegible. Una hilera de cubos blancos de los que escapaba un misterioso zumbido lastimero. Un niño envuelto en una miasma reluciente de hilos, con la cara y la mirada aplanadas y bordeadas de sombras como si fueran de papel y alguien las hubiera recortado y pegado al cielo. Una brisa que dibujaba trazos ondulantes de vacío en las puntas de color verde claro de las briznas de hierba.

El anciano se llevó un puño a los labios y lo mantuvo allí, luchando por contener un acceso de náuseas. Su intento de tranquilizarse recordándose vagamente que dichos eclipses le habían ocurrido antes fue cancelado por el recuerdo adverso de que cada vez le acometían más a menudo.

Linus Steinman sonrió. De algún bolsillo o forro no registrado el niño acababa de sacar una tarjeta. La luna que ocultaba el sol empezó a alejarse; el mundo quedó una vez más deslumbrado por el sentido y la luz y la maravillosa vanidad del significado. Los ojos del anciano se entelaron de lágrimas de vergüenza mientras, aliviado, miraba cómo el niño garabateaba una breve pregunta en el papel que había encontrado. Se le acercó caminando por la hierba y, con una pregunta en la mirada, le dio al anciano el trozo de papel vitela de color crudo.

—«Leg ov red» —leyó el anciano.

Tenía la poderosa sensación de que debería entender aquella comunicación pero que el sentido de la misma se le escapaba por poco. Tal vez su cerebro en

descomposición había fracasado aquella vez en su intento de recobrase del todo de su reciente lapsus. ¿Se trataba acaso de una invocación, escrita por alguien que no dominaba el idioma, de las garras de color rosado del loro africano desaparecido? O tal vez...

Al anciano se le escapó el papel de los dedos y cayó revoloteando hasta el suelo. Se agachó gruñendo para recuperarlo y cuando lo recogió encontró en el dorso del papel dos palabras y un numeral, no escritos en los garabatos torcidos de grafito del niño sino con el puño firme de un adulto, en tinta negra de plumín fino. Era la dirección, en Club Row, de un tal señor Jos. Black, Tratante de Aves Raras y Exóticas.

—¿De dónde has sacado este papel? —dijo el anciano.

El niño cogió la tarjeta y, debajo de la dirección, garabateó una sola palabra:

«BLAK».

—¿Ha estado aquí? ¿Has hablado con él?

El niño asintió con la cabeza.

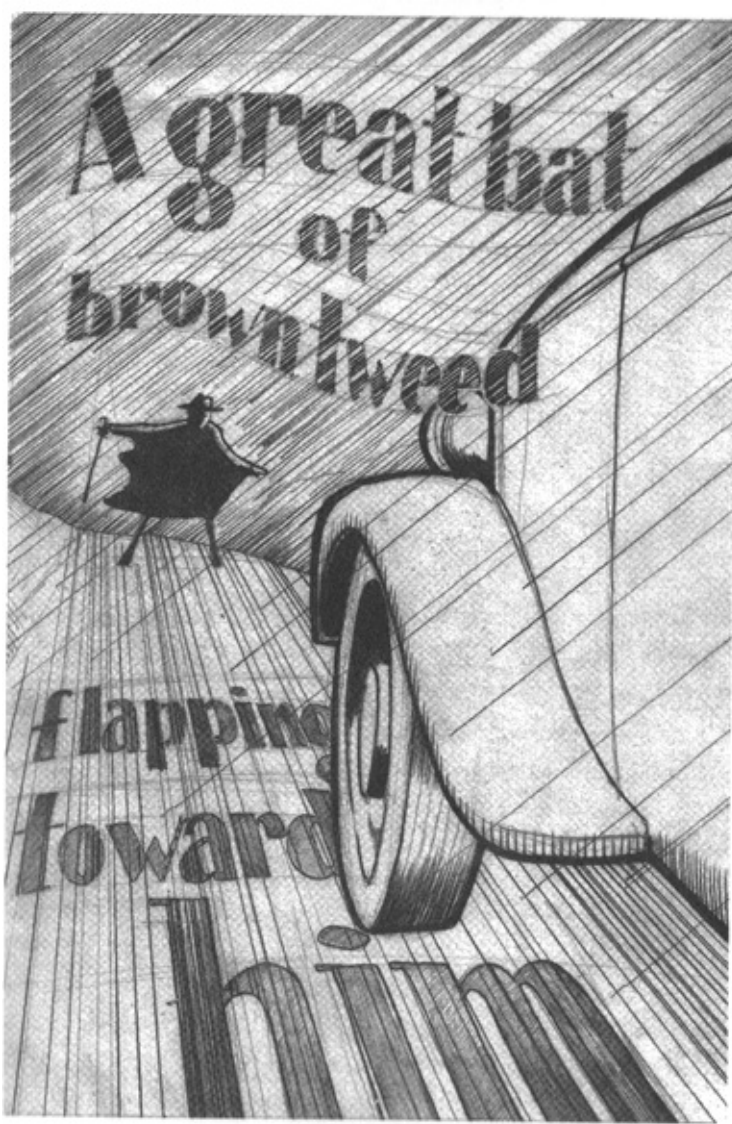
—Ya veo —dijo el anciano—. Creo que tengo que ir a Londres.

El señor Panicker estuvo a punto de atropellarlo. Con buen tiempo, y conducido por un hombre tan sobrio como exigía el tenor de su profesión, el vehículo de Panicker, pequeño, belga, antiguo, mal usado por el hijo de su actual propietario y provisto ya de muy pocas de sus piezas constituyentes originales, resultaba difícil de gobernar. Su parabrisas diminuto y su faro izquierdo roto le daban un aspecto tuerto y de algo que avanzaba a tientas, como un pescador ahogándose en busca de una cuerda de salvamento alegórica. Su mecanismo de dirección, de forma tal vez apropiada, se apoyaba en gran medida en la aplicación continua de oraciones. A sus frenos, aunque fuera pecado decirlo, tal vez ya no pudiera ayudarlos ni siquiera una intercesión divina. En conjunto, por culpa de su falta de reparaciones, de su mal estado y de su aire supremo de pobreza continuada e irremediable, simbolizaba bastante bien, desde el punto de vista del anciano, todo lo que guardaba relación con la vida del hombre que lejos de toda sobriedad profesional y atrapado en una ráfaga de turbulencia interna casi tan profunda como la que en aquella mañana de verano inglés fría, —húmeda y borrascosa zarandeaba el triste Imperia de color marrón de un lado a otro de la carretera a Londres— se encontró a sí mismo pisando desesperadamente el pedal inservible del freno, mientras el único limpiaparabrisas manchaba y repasaba su arco traslúcido de un lado a otro del cristal, a punto de cometer un homicidio vehicular.

Al principio, y sin ver nada más que una sombra ondeante, una cortina voladiza de hule que el viento había levantado de encima del montón de leña de algún vecino, vacía y deshabitada, se preparó para embestirla de cara y confiar en la irónica fortuna que siempre había imaginado tener. Luego, justo cuando el manto de su destino se empezaba a plegar para devorarlo, la cortina se convirtió en una capa y unas garras, un murciélago enorme de tweed marrón que ondeaba hacia él. Era un hombre, era el anciano, el viejo apicultor loco, que cruzaba la carretera dando bandazos con su cara larga y pálida y haciendo girar los brazos. Una mariposa esfinge enorme y frenética que se interponía revoloteando en su camino. El señor Panicker giró el volante con fuerza hacia la izquierda. La botella abierta, hurtada al desgraciado de su hijo, que hasta entonces había sido la única compañera de su agitación, salió volando de su sitio en el asiento del pasajero y se estrelló contra la guantera, aspergiendo el coñac mientras surcaba el aire como si fuera un incensario. Con una sensación palpable de libertad, como si por fin hubiera alcanzado el estado al que había aspirado durante toda su precaria carrera de circular a paso de tortuga, temblar, arrastrarse y calarse, el Imperia describió una serie de bucles amplios como de bailarina de ballet por la carretera de Londres, cada uno de ellos unido por su trazado circular al anterior, dejando el dibujo infantil de una margarita a medio dibujar y entrecortado sobre el

macadán negro y mojado. Fue en aquel momento cuando las relaciones del señor Panicker con su deidad volvieron a demostrar su naturaleza tradicionalmente sardónica. El coche abandonó su aventura o tal vez perdió interés en la misma y se detuvo con una sacudida a unos seis metros de donde había empezado a frenar, con el capó fielmente dirigido hacia Londres, el motor haciendo runrún y el único faro intentando ver a través de la cortina de lluvia, como si le hubieran echado bronca por sus extravagancias y ahora estuviera preparado para seguir su humilde camino. El hilo de los pensamientos de Panicker, hasta entonces una combustión caótica alimentada por depósitos gemelos de borrachera desacostumbrada y de una especie de rabia jovial, también parecía haberse detenido en seco. ¿Adónde iba y qué estaba haciendo? ¿Realmente había escapado por fin? ¿Podía uno simplemente remangarse los bajos de los pantalones y salir?

La puerta del pasajero se abrió de golpe. Acompañado del aullido del viento y seguido por una comitiva de gotas de lluvia, el anciano entró en el coche con la capa ondeando. Cerró la puerta de un tirón detrás de sí y se estremeció dentro de su abrigo Inverness como un perro flaco y mojado.



—Gracias —dijo de manera cortante.

Giró su mirada horriblemente brillante hacia el hombre que lo había rescatado, hacia la botella volcada de coñac, hacia el cuero rasgado del asiento y los cables a la vista y la guantera descascarillada y por fin, o eso le pareció al señor Panicker, hacia el mismo estado de su alma desgraciada y asombrada. Sus orificios nasales grandes y alargados palparon hasta la última gota de coñac dispersa en el aire.

—Y buenos días a usted.

El señor Panicker entendió que ahora se esperaba de él que pusiera el coche en marcha y siguiera su camino a Londres, transportando allí, como si lo hubieran acordado de antemano, a su nuevo pasajero con su olor a lana mojada y a tabaco. Y sin embargo no se veía con fuerzas para hacerlo. Tan profunda se había vuelto su identificación inconsciente con el Imperia de 1927 que ahora sentía que aquel anciano corpulento y mojado se había infiltrado como un intruso en la santidad apesadumbrada de su misma cabeza parecida a una carraca.

El motor, como si suspirara, adoptó un ralentí paciente. Su pasajero pareció interpretar la inmovilidad y el silencio del señor Panicker como una petición de explicaciones, y en cierta forma el señor Panicker suponía que tenía razón.

—El servicio ferroviario está «interrumpido» —dijo el anciano en tono seco—. Movimientos de tropas, me imagino. Refuerzos para Mortain, sin duda. Sospecho que los combates allí se han complicado. En todo caso, no puedo llegar hoy por tren a Londres, y sin embargo me veo en la obligación de ir.

Echó un vistazo hacia delante, contemplando el espacio para los pies que quedaba entre sus botas enfangadas, unas viejas botas del ejército con cordones hasta arriba y gruesas estrías de las que habían desfilado por Jartum y Bloemfontein. Soltando un gruñido, y con un crujido de huesos que al señor Panicker le pareció bastante alarmante, el anciano se inclinó hacia delante y recogió la botella de coñac y con ella el diminuto tapón de corcho que se había salido y rodado hasta perderse de vista poco después de su partida —clandestina aunque nada sigilosa— de la vicaría. Olisqueó el cuello de la botella e hizo una mueca, con una ceja levantada. Luego, con los rasgos faciales compuestos en una expresión tan seria que no podía ser entendida como nada más que una cara de burla, le entregó la botella al señor Panicker.

El señor Panicker negó con la cabeza patosamente y agarró la palanca del cambio de marchas. El anciano volvió a ponerle el tapón a la botella. Y luego partieron rumbo a la ciudad bajo la lluvia.

Viajaron en silencio durante un largo rato mientras el señor Panicker, que veía cómo su tanque de furia estaba vacío y su borrachera remitía, cayó en un abatimiento impregnado de vergüenza perpleja por su conducta reciente. Siempre había sido, por encima de todas las cosas, un hombre cuyos actos y opiniones se habían caracterizado por la rectitud, por aquella ausencia cuidadosa de capacidad de sorpresa que le habían enseñado, hacía muchos años en el seminario de Kottayam, a atesorar entre las

virtudes señeras de un vicario de éxito. El silencio, los profundos suspiros de ancianidad y las miradas de reojo ocasionales de su pasajero no deseado le parecieron el prelude de una inevitable petición de explicaciones.

—Supongo que se estará usted preguntando... —empezó a decir, agarrando el volante con las manos, encorvando la espalda para acercarse más la cara al parabrisas.

—¿Sí?

Decidió —la idea le pareció solvente y brillante en su imaginación, como si se la acabara de brindar una mano llena de pericia— contarle al anciano que se dirigía a Londres para asistir a un sínodo, totalmente ficticio, del clero anglicano del sudoeste de Inglaterra. Aquello explicaría la bolsa de viaje que había en el asiento de atrás, junto a las latas de valiosa gasolina, todo preparado para un viaje de dos o tres días. Sí, un sínodo en la Church House. Se alojaría en el Crampton, con su restaurante más que decente. Iba a asistir a una serie de sesudas charlas, por la mañana, sobre cuestiones de liturgia, seguidas de un almuerzo, y luego por la tarde una serie de seminarios más prácticos dedicados a preparar a los ministros para su entrada en el período de posguerra. Su Ilustrísima el reverendo Stackhouse-Hall, archidiácono de Bromley, trataría, con su cultivado sentido del humor de costumbre, de las tensiones inesperadas que como era natural se les presentarían a las familias cuando dieran la bienvenida a casa a sus padres y maridos soldados. A medida que el señor Panicker continuaba bruñendo y amplificando su excusa, le iba resultando cada vez más atractiva, y se sorprendió a sí mismo extrañamente animado por su perspectiva.

—Noto que me he entrometido en su vida en un momento difícil, señor Panicker —dijo el anciano.

Con gesto melancólico, el señor Panicker barrió el salón de conferencias, el hotel, el restaurante, una serie de torres hechas con cerillas, de la superficie de la mesa de su fantasía. Era un pastor de mediana edad y sin fe, borracho y en plena huida de las ruinas de su vida.

—Oh, no, yo... —empezó a decir el señor Panicker, pero enseguida descubrió que no era capaz de continuar, que tenía la garganta constreñida y los ojos le picaban por la inminencia de las lágrimas.

Había veces, tal como él sabía muy bien, en que el mero hecho de que alguien adivinara nuestra tristeza podía constituir por sí mismo una especie de consuelo tosco.

—Por cierto que resulta bastante notable que me haya cruzado literalmente en su camino esta mañana. Porque el asunto que me lleva a Londres está íntimamente relacionado con su familia, señor.

Así que era aquello. Aunque la policía había declarado inocente a su hijo del asesinato de aquel viajante de maquinaria de estrujamiento de ubres que se sentaba a horcajadas en las sillas, o por lo menos había dejado de investigarlo, la sombra de la

duda no había abandonado la opinión que tenía el señor Panicker del crimen. La posibilidad de la culpa de Reggie era una cuestión que avergonzaba al señor Panicker, igual que todo lo que tenía algo que ver con su hijo, pero aquella vez a su vergüenza se le añadía el conocimiento íntimo de que el brutal asesinato de Richard Shane en el callejón de detrás de la vicaría había sido un eco, en su contorno y en sus detalles, de la naturaleza secreta de sus fantasías más oscuras. Cuando el detective inspector, Bellows, lo había llamado la semana anterior, lo que la visita había implicado, aunque las preguntas se formularan en términos de absoluta circunspección, estaba muy claro. El mismo, Kumbhampoika Thomas Panicker, defensor público y símbolo viviente del amor gentil pero firme del Señor, estaba creíblemente bajo sospecha de haber matado a un hombre, y por celos. Y no podía evitar sentir que su deseo de hacerlo —aquella rabia que hacía temblar sus manos cada vez que una palabra de Shane provocaba el asombroso milagro de una sonrisa en la cara de su esposa— se había escapado de alguna forma de su corazón, como un gas, y había envenenado el de su hijo, que ya estaba enfermo de antemano.

—Yo tenía entendido... Reggie... la policía ha dicho...

Ahora le dio la impresión de que el anciano y él no se habían «cruzado en el camino» en absoluto. De que a él lo seguían investigando y de que ahora la policía había enrolado a aquel anciano veterano. O tal vez aquel vejestorio fantasioso se había involucrado por su cuenta, de forma medio demente, en el caso.

—Dígame —dijo el anciano, y el tono acusatorio de su voz confirmaba todos los temores del señor Panicker—. ¿Ha visto últimamente a algún desconocido rondando la vicaría, o se ha topado personalmente con alguno?

—¿Desconocido? Yo no...

—Estoy hablando de un individuo de Londres, muy probablemente un hombre mayor, tal vez judío, que responde al nombre de Black.

—El tratante de pájaros —dijo el señor Panicker—. Encontraron su tarjeta en el bolsillo de Reggie.

—Tengo razones para creer que dicho individuo ha hecho una visita recientemente al joven inquilino de usted, maese Steinman.

—¿Hecho una visita? —Estaba claro que el niño no recibía visitas de nadie, aparte de Martin Kalb—. No que yo...

—Está claro, tal como yo he sospechado desde el principio, que el señor Black está enterado de la existencia de nuestro Bruno, y también de sus notables habilidades. Este intento reciente de contactar directamente con maese Steinman sugiere que Black no ha recibido ninguna noticia de sus supuestos agentes en este asunto, y que no sabía nada de la desaparición del pájaro. Podría muy bien ser su deseo desesperado de recibir dichas noticias lo que lo ha movido a hacer una visita clandestina al chico, con la vista puesta en acordar su venta, o tal vez para robarlo en

persona. En cualquier caso, tengo intención de plantearle algunas preguntas más bien directas al señor Joseph Black de Club Row. De otra manera nunca llegaré a una conclusión final sobre el paradero del pájaro.

—El pájaro —repitió el señor Panicker, aminorando la marcha del coche. Se estaban acercando a East Grinstead, donde la policía había instalado un control, y el tráfico ya había empezado a embotellarse. El anciano había estado en lo cierto entonces en su conjetura acerca del aumento de la actividad militar: se había reforzado la seguridad—. Está usted buscando el pájaro.

El anciano se giró hacia él, con una ceja levantada, como si le pareciera ver algo desafortunado o reprochable en el señor Panicker.

—¿Usted *no*? —dijo—. A mí me parece que cualquier persona acusada de actuar *in loco parentis* contemplaría la desaparición de un animal tan querido y notable...

—Sí, sí, claro —dijo el señor Panicker—. Estamos todos muy... el chico ha estado... inconsolable.

De hecho, en las dos semanas transcurridas desde su desaparición el pájaro solamente se había infiltrado en los pensamientos del señor Panicker como una especie de siniestra impronta mental de las escenas de violencia y derramamiento de sangre, de infidelidad vengada y de indignidad reparada, que habían poblado sus fantasías durante la breve estancia en la vicaría del maldito señor Shane. Porque el señor Panicker estaba seguro de que el loro Bruno estaba muerto, y además muerto de alguna forma particularmente escabrosa o violenta. A pesar de su origen salvaje en las regiones tropicales de Africa, tal como le había informado su consulta del volumen de la L de la *Enciclopedia Británica*, Bruno era un pájaro doméstico, criado y domesticado. En campo abierto, en manos de rufianes, estaba claro que no tendría futuro. Se imaginaba aquellos ojos del pájaro que miraban fijamente como dos charcos de tinta mientras le estaban retorciendo el pescuezo; veía su cuerpo arrojado, roto, dejando tras de sí una estela de plumas y plumón, tirado en un cubo de basura o una cuneta; lo veía descuartizado por los armiños; enredado en los cables del telégrafo. El horror de aquellas visiones sorprendía en cierta manera al señor Panicker, dado que —a diferencia de lo que le había pasado con el difunto Dick Shane, a quien su imaginación también había adjudicado destinos similares— siempre había tenido al animal en muy alta estima. Durante todo el revuelo de la investigación por asesinato, la corriente hedionda de los cotilleos del vecindario y la extracción, por fin y después de tanto tiempo, de la síntesis final del antiguo silogismo de decepción que era su matrimonio con Ginny Stallard, aquellas irrupciones de mutilación aviar sangrienta habían constituido las únicas intrusiones de la cuestión del pájaro desaparecido en su conciencia. Y ahora por primera vez (y aquí la vergüenza que sentía se volvió más intensa y dolorosa que nada que hubieran o pudieran haberle inspirado su matrimonio, su carrera o las fechorías del desgraciado

de su hijo) le dedicaba un pensamiento —un pensamiento pequeño, frágil, de mirada seria, mudo y del tamaño de Linus Steinman— al chico que había perdido a su único amigo.

—Con toda esta confusión... —sugirió el anciano con amabilidad. Y añadió—: No hay duda de que sus deberes y obligaciones pastorales...

—No —dijo el señor Panicker. De repente se sintió sobrio y calmado, y al mismo tiempo lo invadió un espasmo de gratitud absurda—. Claro que no.

Habían llegado al control policial. Un par de agentes uniformados se acercaron al Imperia, uno por cada lado. El señor Panicker bajó su ventanilla, complementando la operación cuando era necesario con una serie de tirones bruscos del extremo superior del cristal.

—Buenos días, señor. ¿Puedo preguntarle la razón por la que viaja a Londres?

—¿La razón?

El señor Panicker miró al anciano, que le devolvió la mirada con una expresión firme de despreocupación jovial.

—Sí —dijo el señor Panicker—. Oh. Sí. Bueno, esto, vamos en busca de un loro, ¿verdad?

La mujer del señor Panicker, tristemente fiel a su apellido de casada, sufría gefirofobia, el miedo mórbido a cruzar los puentes. Cada vez que un coche, autobús o tren en el que viajaba circulaba suspendido en lo alto de un río, se hundía en su asiento, con los ojos cerrados, con la respiración saliéndole por los orificios nasales en exhalaciones breves y sibilantes, gimiendo por lo bajo, agarrándose a sí misma para no moverse con la taza rebosante de su miedo cogida entre las palmas como si intentara evitar que se derramara una gota. Mientras el señor Panicker cruzaba Croydon en coche, la concurrencia rápida y abigarrada de la ciudad a su alrededor pareció despertar en el anciano alguna clase de turbulencia fóbica asociada. El susurro de la respiración en sus orificios nasales, los nudillos blancos que agarraban las empuñaduras de sus rodillas, la protuberancia de los cables reforzados de su cuello demacrado: todos eran elementos que el señor Panicker reconoció como signos de un terror casi incontrolable. Cuando entraron en Londres, sin embargo, los ojos del anciano, a diferencia de los de la señora Panicker cuando se encontraba atrapada en medio de un puente, permanecieron muy abiertos. Era, por naturaleza y de forma irremediable, un hombre que *miraba las cosas*, aun cuando, como era el caso ahora, le aterraban.

—¿Se encuentra mal?

Durante un minuto entero el anciano no respondió nada y se limitó a mirar por la ventanilla lateral, contemplando cómo pasaban las calles del sur de Londres.

—Veintitrés años —dijo con voz ronca—. Catorce de agosto de mil novecientos veintiuno. —Se sacó un pañuelo de algún bolsillo interior y lo usó para secarse la

frente y luego las comisuras de la boca—. Era domingo.

Adjudicar una fecha y un día de la semana a la última ocasión en que había vislumbrado Londres pareció restaurar hasta cierto punto el equilibrio del anciano.

—No sé qué estoy... qué tontería. Todos hemos leído tanto sobre el daño causado por las bombas y los incendios. Me había preparado a mí mismo para ver ruinas. Confieso haber *esperado* en cierta medida, simplemente por una especie de, bueno, seamos caritativos y llamémoslo «curiosidad científica», ya sabe, la imagen de esta ciudad enorme convertida en cenizas humeantes a lo largo del Támesis. Pero esto es...

El adjetivo adecuado no le vino a la mente. Ahora estaban al otro lado del río, y se encontraron atrapados entre dos tranvías altos y rojos. Hileras de rostros los contemplaban con indiferencia inquisidora. Luego los tranvías se separaron alejándose hacia el este y hacia el oeste respectivamente y, como si se hubieran abierto un par de compuertas, la marea del centro de Londres los inundó. Habían bombardeado la ciudad; la habían quemado; pero no la habían matado, y ahora les estaba mandando brotes y zarcillos de una extraña nueva vida. Al señor Panicker lo que más le llamó la atención, igual que todo el año previo a aquel seis de junio, era la sorprendente americanidad de Londres: aviadores y marineros, oficiales y soldados de infantería americanos, vehículos militares americanos en las calles, películas americanas en los cines, y una atmósfera de fanfarronería estridente y bribona, un olor a tónico capilar, una cacofonía de vocales elásticas que podían ser, el señor Panicker estaba dispuesto a admitirlo, un simple producto de su imaginación, pero que de todas maneras animaban la ciudad de una forma que para él resultaba al mismo tiempo atroz e irresistible, un aire de buen humor brutal y pendenciero, como si la invasión misma de Europa, que ahora avanzaba por etapas sangrientas por el norte de Francia, no fuera más que la explosión inevitable de una acumulación de jerga jazzística y del ansia irrefrenable de bailar claqué.

—Esto es nuevo —decía el anciano, una y otra vez, moviendo un dedo rígido en dirección a algún edificio de oficinas o algún bloque de viviendas—. Eso no estaba ahí. —Y luego, cuando pasaban junto a la mole sombría y a menudo todavía festoneada por serpentinas de humo gris de otro edificio de apartamentos bombardeado, simplemente decía—: Dios santo.

Su voz, a medida que se adentraban en los cambios introducidos en Londres por las cuadrillas de trabajadores de la construcción y por las bombas alemanas desde aquella tarde de domingo de 1921, se convirtió en un susurro áspero y consternado. El señor Panicker se imaginó —tenía una poderosa imaginación sermoneadora— que el anciano debía de haber estado experimentando (de forma un poco tardía, en opinión del vicario) una especie de anticipo o demostración de la naturaleza de la muerte misma. Después de su larga ausencia de la ciudad sobre la cual había ejercido

antaño su silenciosa modalidad de dominio, parecía que había esperado que Londres, como el mundo cuando lo dejamos, hubiera dejado de cambiar y de alguna manera hubiera dejado de existir. ¡Después de nosotros, el Blitz! Y ahora aquí se enfrentaba no solamente con la *existencia* continuada de la ciudad, sino también, en medio de los montones humeantes de ladrillo y cristales rotos de ventanas, con la fuerza incontenible e inhumana de su expansión.

—Cenizas —dijo el anciano en tono sorprendido mientras pasaban junto a una enorme zona nueva de viviendas de emergencia construidas por el señor Churchill, como un inmenso huerto cultivado del que no paraban de brotar hileras y más hileras de casas diminutas de hojalata—. No había esperado ver nada más que humo y cenizas.

Pasaron junto a los arcos mugrientos del Bishopsgate Goodsyrd y dejaron el coche cerca de Arnold Circus, en una calle que estaba mucho peor que el resto por haber recibido el impacto de una bomba SC alemana, junto a un pulcro montón de adoquines rescatados de la explosión y que todavía esperaban a ser reubicados. Luego doblaron la esquina y llegaron a Club Row. El señor Panicker era experto e incluso autoritario a la hora de ofrecer un brazo para el apoyo de la tercera edad, pero el anciano rechazó todos sus intentos, y ni siquiera permitió que el vicario lo ayudara a salir del estrecho interior del coche. Tan pronto como se vio en el suelo, por así decirlo —tan pronto como empezó la cacería, tal como el señor Panicker no podía evitar explicarlo, de forma algo romántica, para sus adentros—, pareció sacudirse de encima la perplejidad fóbica del viaje. Alzó la barbilla y agarró la empuñadura de su bastón como si en breve tuviera intención de empezar a balancearlo hacia los cráneos necesitados de castigo de los rufianes. Mientras tomaban Club Row, de hecho, el señor Panicker se vio en apuros para seguir los pasos largos y torcidos de espantapájaros del anciano.

Y ciertamente Club Row había cambiado muy poco, o nada, desde agosto de 1921, o ciertamente, supuso, desde agosto de 1901, o de 1881. Algún asunto tiempo atrás olvidado había llevado allí al señor Panicker, un domingo por la mañana de hacía años. Se acordaba de que la calle le había parecido estúpidamente llena del estruendo horrible que emanaba siempre de los zoos y las colecciones de animales salvajes, que los gritos de los vendedores de pájaros, de los wallahs indios que vendían cachorros y de los mercachifles de gatos se entremezclaban y creaban una ecolalia extraña e inquietante, que al mismo tiempo se burlaba de y era burlada por la cháchara de sus mercancías enjauladas y contemplativas. A pesar del hecho de que había sabido perfectamente, mientras pasaba por entre ellos, que los loros y periquitos de Australia, los spaniels y los gatos atigrados, e incluso aquellas extrañas cosas de ojos afilados parecidas a comadreja, iban a ser vendidas y compradas como mascotas, el señor Panicker no había sido capaz de librarse, mientras caminaba por

Club Row para llevar a cabo su encargo olvidado, de la idea de que estaba caminando por una calle de condenados, y que toda aquella triste carne animal enjaulada estaba destinada únicamente al matadero.

Hoy, sin embargo, la calle estaba en silencio, y solo la poblaban los desperdicios y el débil e invisible goteo de las alcantarillas de los lunes después del día de mercado. Envoltorios rotos, trozos de papel de periódico grasiento, madejas retorcidas de trapos, serrín apelmazado en charcos de fluidos sobre cuya naturaleza el señor Panicker prefería no especular. Los tenderetes y tiendas a oscuras detrás de sus cortinas de barrotes articulados y persianas de acero con candados. Por encima de los escaparates, los edificios bajos y de mala reputación se apretujaban entre sí, formando hileras prietas, como sospechosos en una ronda de reconocimiento intentando exhibir una inocencia colectiva y completamente espuria, mientras sus cornisas de ladrillo se inclinaban de forma muy leve por encima de la calle, como si quisieran atisbar en los bolsillos de las pecheras de los transeúntes. Era, o debería haber sido, una perspectiva singularmente deprimente. Y sin embargo el brío y los pasos enérgicos del anciano, y la forma vagamente reminiscente del tambor mayor de una banda de música en que balanceaba su pesado bastón, le insuflaron al señor Panicker un optimismo atolondrado y sorprendente. Mientras caminaban hacia Bethnal Green Road tuvo una sensación creciente —una sensación que tenía sus oscuras raíces en aquella mañana de mercado desaparecida en que había caminado por entre los tenderetes bulliciosos de los tratantes de animales— de que estaban penetrando en el corazón de algún verdadero misterio de Londres, o tal vez de la vida misma. De que por fin, en compañía de aquel singular caballero anciano de cuyo dominio sobre los misterios se había hablado antaño en lugares tan remotos como Kerala, podría tener algún vislumbre del descorazonador mecanismo de relojería del mundo.

—Aquí —dijo el anciano, haciendo un gesto brusco hacia un lado con el bastón.

La empuñadura chapada resonó contra un pequeño letrero esmaltado, sujeto con tornillos oxidados a la fachada de ladrillo del número 122, que decía «black», y luego en letras más pequeñas debajo: «aves raras y exóticas». Sobre la fachada había una persiana de reja, pero a través del escaparate mugriento el señor Panicker pudo distinguir las figuras vagamente asiáticas de las jaulas con tejados en punta y tal vez incluso el revoloteo de un ala o de una cola de plumas, tan fantasmal como una brisa que removiera el polvo. Un silbido débil pero animado atravesó la oscuridad, el cristal y las persianas, elevándose y complicándose a medida que sus oídos se acostumbraban al mismo. No había duda de que los golpes del anciano habían despertado a los moradores de la tienda de Black.

—No hay nadie —dijo el señor Panicker, pegando la frente al acero matinalmente frío de la reja—. No tendríamos que haber venido en lunes.

El anciano levantó su bastón y golpeó la reja, una y otra vez, con brutalidad llena de júbilo, contemplando con ojos brillantes el claqueteo y el estruendo del acero. Cuando paró, la sombría población de la tienda había sido llevada, o bien se había dejado llevar, al pandemonio. El anciano permaneció con el bastón en alto, el pecho palpitante y una salpicadura de saliva en la mejilla. El clamor de la rabia resonó y se apagó. El brillo se fue de sus ojos.

—Lunes —dijo el anciano en tono triste—. Tendría que haberlo previsto.

—Tal vez debería haber llamado con antelación —dijo el señor Panicker—. Haber concertado una cita con este tal Black.

—Sin duda —dijo el anciano. Bajó el bastón hasta la acera, y luego se inclinó para apoyarse pesadamente en el mismo—. Con las prisas yo... —Se secó la mejilla con el dorso de la mano—. Estas consideraciones prácticas parecen escapar a mí...

Dobló la espalda hacia delante y el señor Panicker le cogió del brazo, y esta vez el anciano no intentó sacudírselo de encima. Sus ojos miraron como si estuvieran ciegos la fachada parecida a una cara impertérrita de la tienda, con una expresión solamente habitada por un asomo de alarma anciana.

—No pasa nada —murmuró el señor Panicker, intentando desoír y esconder la brutalidad de su decepción por el repentino fracaso de la búsqueda.

Había empezado el día fatigado por la falta de sueño, borracho y contemplando la casa bombardeada que era su vida como hombre. Su matrimonio vacío, el inútil de su hijo y el eclipse de sus ambiciones profesionales constituían las ventanas hechas añicos, el papel de pared chamuscado y los sillones retorcidos de aquellas ruinas. Y cubriéndolo todo como una nevada de ceniza, suspendido en el aire como el paño mortuario indeleble del humo, capa tras capa chamuscada hasta llegar al lecho de roca, estaba su conocimiento de la ausencia de dios, de su duda y su falta de fe y de la distancia que había entre su corazón y el del Señor Jesucristo. Un Blitz menor, que no le importaba a nadie. Donde la bomba —que como todas las bombas era una cosa aleatoria e inconsciente— había sido la llegada y el asesinato del señor Richard Shane. En el momento del impacto toda la estructura podrida se había hundido y era como si, tal como el señor Panicker había leído en las historias de los periódicos sobre el Blitz, todos los centenares de ratas que vivían dentro de las paredes del edificio hubieran salido a la luz, suspendidas y sorprendidas en sus actitudes habituales de lascivia, antes de que sus cuerpos cayeran con un ruido sordo al suelo en una lluvia gris y repulsiva de ratas. Y sin embargo, tal como también había leído, se sabía que de vez en cuando aquellas explosiones habían desvelado el destello de un raro y sorprendente tesoro. Cosas raras y delicadas que, lejos de las miradas y del conocimiento, habían estado allí todo el tiempo. Aquella misma mañana en la carretera de Londres, cuando el anciano se había colado en el coche envuelto en su manto de lana y lluvia, era como si el niño, Linus Steinman, despojado de todo y sin

amigos, se hubiera revelado allí mismo, diminuto y solo en el medio del montón de ceniza gris, mirando melancólicamente el cielo. El señor Panicker no era tan confiado ni tan tonto como para imaginarse que encontrar el loro perdido de un niño refugiado iba a restaurar el sentido y el significado de su vida. Pero estaba dispuesto a conformarse con mucho menos.

—Tal vez podríamos regresar otro día. Mañana. Podríamos alojarnos esta noche en un hotel. Conozco un sitio pequeño que está bastante bien.

De pronto la fantasía que había tenido antes el señor Panicker sobre el hotel Crampton, con su desayuno realmente excelente, volvió a cobrar vida con nitidez tentadora. Con la salvedad de que ahora, en lugar de seminarios y presentaciones que incluso en su fantasía solo podía imaginar cómo repetitivos e interminablemente aburridos, existía, en compañía de aquel apicultor viejo y loco, la posibilidad improbable, y más espléndida todavía por improbable, de una aventura. El hombre parecía, de una forma que el señor Panicker habría tenido apuros para explicar o definir con ejemplos, no solo generar dicha posibilidad o invitar a ella, sino también, de alguna forma, requerir implícitamente un aliado en su empresa. Fue esta posibilidad, más todavía que el sentido de misión altruista y de oportunidad de redención que representaba la recuperación del pájaro perdido de un niño, lo que el señor Panicker se encontró ahora luchando para sostener. Porque, a fin de cuentas, ¿qué lo había llevado a él, un chico de campo malayalí descalzo y larguirucho, a adoptar la vida de un pastor de la Iglesia anglicana? Naturalmente había sido cuestión —y eso se había estado repitiendo a sí mismo, hasta llegar a extremos de tedio y absurdo, durante los últimos cuarenta años— de responder a una llamada. Solo ahora, sin embargo, se le ocurría que aquella llamada no había tenido, tal como él había creído por entonces, ningún origen divino o místico, ni tampoco, tal como había decidido más tarde, había sido ninguna clase de fuego fatuo emocional. ¿Cuántos jóvenes toscos y sin zapatos, se preguntó, se marchaban en busca de aventuras convencidos de corazón de que estaban respondiendo a una llamada de Dios?

—¡Venga! —dijo el señor Panicker—. Espere aquí. Voy a buscar el coche. Cogeremos un par de habitaciones en el Crampton y conseguiré una cita con ese tal Black. ¡Le vamos a tender una trampa!

El anciano asintió, lentamente, con expresión abstraída, con una mirada apática, sin apenas oír las palabras. En las postrimerías de su momento de confusión y de alarma parecía haberlo invadido una profunda melancolía. Esta contrastaba crudamente con la sensación de estar listo, una irreprimible disposición a continuar el juego que ahora animaba al señor Panicker. Fue corriendo hasta la calle Boundar, subió al interior del Imperia y se apresuró a reencontrarse con su compañero de aventura. El anciano no se movió mientras él se acercaba a la tienda de Black. Permaneció encorvado y apoyado en su bastón, exactamente igual que cuando lo

había dejado. El señor Panicker paró el coche junto al bordillo y puso el freno de mano. El anciano seguía igual, mirándose las botas enormes. Al cabo de un momento el señor Panicker hizo sonar la bocina, una vez, dos. El anciano levantó la cabeza, lentamente, y miró por la ventanilla del lado del pasajero como si no tuviera ni idea de a quién podía encontrar dentro. Justo antes de que el señor Panicker se inclinara para bajar la ventanilla, sin embargo, la cara del anciano se alteró de repente. Arqueó una ceja, sus ojos se entornaron en gesto de astucia y una sonrisa larga y fina le torció una de las comisuras de la boca.

—¡No, pedazo de bobo! —dijo levantando la voz mientras Panicker bajaba la ventanilla—. ¡Súbala otra vez!

El señor Panicker obedeció, y al hacerlo la sonrisa en la cara del anciano se ensanchó y se extendió de forma maravillada. Después dijo algo que el señor Panicker no pudo entender. Estuvo un minuto entero examinando el cristal de la ventanilla —podía, le pareció al señor Panicker, haber estado examinando su propio reflejo—, sonriendo y diciéndose aquellas palabras misteriosas. Incluso cuando, después de meterse en el coche a su lado, el anciano repitió las palabras en voz alta, el pastor se sintió igual de perdido.

—«¡Leg ov red! —repetía absurdamente el anciano—. ¡Tal como pasa siempre, ja, ja, es una cuestión de *reflexión!*» «¡Leg ov red!».

—Lo... lo siento, señor. No consigo entender...

—¡Deprisa! ¿Qué rasgos caracterizan los garabatos del joven Steinman en ese cuaderno suyo?

—Bueno, tiene el extraño rasgo, por supuesto, de invertir sus palabras. Escritura especular. Al parecer, de acuerdo con los médicos, tiene alguna relación con su incapacidad para hablar. No hay duda de que es alguna clase de trauma. Y además me he dado cuenta de que su ortografía es atroz.

—¡Sí! Y cuando, en lo que ahora comprendo que era una patética petición de ayuda, escribió las palabras «leg ov red» en un papel, estaba exhibiendo de maravilla ambos rasgos.

—«Leg ov red» —probó el señor Panicker, proyectando e invirtiendo las letras sobre una pantalla interior—. «Der... Vog... el». —Ah—. Der Vogel. Estaba preguntando por su pájaro, claro.

—Sí. Y ahora dígame qué era lo que estaba diciendo *al otro lado* del papel.

—¿Del papel?

El anciano le puso un trozo de papel en las manos.

—Este papel. En el cual hay escrito, de puño y letra de un hombre adulto, joven, con caligrafía de la Europa continental, la dirección del mismo establecimiento ante el cual ahora estamos sentados. Dejado, o eso pensé de forma equivocada, por el propietario del mismo.

—Blak —leyó el señor Panicker. Y luego, proyectando la palabra del revés—:
Dios santo.

Él había visto a hombres locos: y el hombre que olía a carne de pájaro hervida se estaba volviendo loco.

Conocía el olor a carne de pájaro porque ellos se la comían. Ellos comían de todo. La conciencia de que los hombres de sus selvas natales eran capaces de quemar y comerse con fruición la carne de su propia especie era un rasgo siniestro de su sabiduría ancestral. En los primeros días de su cautividad la contemplación de su sangrienta dieta y la probabilidad de que lo estuvieran reteniendo en relación con alguna hambruna futura le preocupaba y le asqueaba tanto que se quedó en silencio y se dedicó a mordisquear un pequeño claro entre las plumas de su pecho. Ahora sin embargo ya llevaba mucho tiempo acostumbrado al horror de sus apetitos y se le había pasado el miedo a ser comido. Por lo que había observado de ellos hasta el momento, aquellos hombres, criaturas pálidas, aunque devoraban aves con abundancia y variedad crueles, eximían arbitrariamente a su especie de la matanza. El ave que comían más a menudo era el *kurcze Hahne poulet chicken* pollo kip, y este era su olor, el de un pollo sacrificado y hervido en agua con zanahoria y cebolla, el olor que por alguna razón exudaba el hombre que se estaba volviendo loco, aunque jamás parecía comer nada que no fueran tostadas y sardinas en lata.

En casa del holandés, junto al puerto, en la isla en que lo incubaron, cuando todavía temía los fuegos y los dientes de aquellos simios terribles con sus canciones extrañas y cautivadoras, él también, suponía, se había vuelto un poco loco. Mientras observaba ahora cómo el hombre pollo-hervido, Kalb, caminaba furiosamente de un lado a otro de la habitación, hora tras hora, con el pellejo de la cabeza alborotado y con el pellejo de la cara todo crecido, cantando para sí mismo en voz baja, el loro se dedicaba a moverse sigilosamente, con solidaridad involuntaria, de un extremo a otro de su percha, y hacerlo lo relajaba bastante, y le recordaba que en aquellos primeros meses temibles con el holandés, se había pasado horas enteras haciendo el mismo trayecto breve, de un lado para otro, mordisqueándose lentamente el plumaje hasta sangrar.

Él había visto a hombres locos. El holandés se había vuelto loco, de hecho. Había matado con los huesos nudosos de sus manos a la chica que compartía cama con él y después se había bebido su propia muerte en un vaso de whisky mezclado con la sustancia más maloliente que Bruno había encontrado en su larga vida entre los hombres y su notable vocabulario de hedores. El whisky ya hedía de por sí, pero era un olor que Bruno había aprendido a apreciar durante la parte última de su estancia con *le Colonel*. (Ahora ya hacía una eternidad que nadie le ofrecía whisky a Bruno. El niño y su familia nunca lo bebían, y aunque a menudo había detectado su aroma acre en el aliento y la ropa del Pobre Reggie, nunca había visto al Pobre Reggie con

un vaso o una botella de la sustancia en la mano). *Le Colonel* también tenía sus brotes de locura, momentos melancólicos silenciosos y prolongados en los que se hundía tanto que Bruno experimentaba su falta de canto como una especie de tristeza, aunque no era comparable con la tristeza que sentía ahora, después de perder a su niño, Linus, que cantaba en secreto solamente para Bruno.

Era una de las viejas canciones de Linus, la canción del tren, la que estaba volviendo loco a Kalb, de una forma que Bruno no acababa de entender pero que apreciaba y, había que admitirlo, incluso alentaba. Kalb se plantaba delante de la percha de Bruno, con una hoja de papel en una mano y un lápiz en la otra, y le suplicaba que cantara la canción del tren, la canción de los largos vagones que pasaban. La habitación estaba llena de hojas de papel que el hombre había cubierto de marcas de garras, marcas que Bruno entendía que representaban, de una forma cuyos principios captaba pero nunca había aprendido a descifrar, los elementos, simples y contagiosos, de la canción del tren. A veces, cuando el hombre salía de la habitación que compartían, regresaba con un pequeño fardo azul de papel doblado, que abría rasgándolo como si fuera comida y vaciaba ansiosamente de su contenido. Invariablemente, y para fastidio y perplejidad de Bruno, aquel contenido resultaba ser otra hoja llena de pequeñas marcas. Y entonces las súplicas y amenazas volvían a empezar.

El hombre estaba plantado allí ahora, sin zapatos ni camisa, sin nada más que una hoja azul rasgada de marcas de garras en la mano, murmurando. Había entrado hacía poco rato, respirando pesadamente como resultado de subir la escalera que llevaba a su habitación en lo alto del edificio y exudando poderosamente su olor característico a pájaro asesinado y hervido.

—El prefijo de ruta —no paraba de decir para sí, en tono amargo, en el idioma del niño y de su familia.

Aquel hombre también sabía hablar en el idioma del Pobre Reggie y de la familia de este, y una vez había habido un visitante —su único visitante— con quien el hombre loco había conversado fluidamente en el idioma de Wierzbicka, cuyo recuerdo Bruno siempre veneraría, puesto que fue Wierzbicka el pequeño sastre de la voz triste el que había vendido a Bruno a la familia del niño, en una transferencia que Bruno había experimentado, sin saberlo del todo en aquel momento pero sí después de forma retrospectiva y ciertamente desde que había perdido a Linus, como el sentido último y la resolución del absurdo deambular de su larga vida.

—No hay ningún puto prefijo —dijo Kalb.

Bajó la hoja de papel azul y clavó su mirada de loco en Bruno. Bruno puso la cabeza en un ángulo que, entre los de su especie, se habría entendido sin problemas como una expresión elocuente de intransigencia sardónica, y esperó.

—¿Y si me das alguna *letra*, para variar? —dijo el hombre—. ¿Conoces alguna

letra?

«Letra» era un concepto que sí entendía, o por lo menos lo reconocía. Las letras iban dentro de los brillantes fardos de papel que los hombres rasgaban tan ansiosamente y miraban tan desesperanzadamente con sus ojos blancos y veloces.

—¿Alfabeto? —probó Kalb—. ¿A-B-C?

Bruno mantuvo la cabeza firme, pero su pulso se aceleró al oír aquello. Le gustaban los alfabetos. Cantarlos resultaba intensamente placentero. Se acordaba de Linus cantando su alfabeto, en la pequeña voz errática de sus primeras vocalizaciones. El recuerdo era conmovedor, y el ansia por repetir su ABC burbujeó y se elevó dentro de Bruno hasta prácticamente inundarlo, hasta que sus garras suspiraron por la textura del hombro flaco del niño. Pero guardó silencio. El hombre parpadeó, respirando de forma regular y furiosa por su pico pálido y blando.

—Vamos —dijo. Enseñó los dientes—. Por favor. *Por favor.*

La canción del alfabeto se infló y ondeó, distendiendo el pecho de Bruno. Tal como le pasaba a toda su especie, en alguna parte de su interior había un lugar dolorido sobre el cual el canto presionaba de una forma que producía un gran placer. Si cantaba la canción del alfabeto para el hombre, la presión era menor. Si cantaba la canción del tren, que había permanecido durante mucho más tiempo y con mucha mayor nitidez en su mente que ninguna de las otras mil canciones que sabía cantar, por razones poco claras incluso para él mismo pero relacionadas con la tristeza, con la tristeza de su cautiverio, de su deambular por el mundo, del haber encontrado al niño, de los trenes que se alejaban, de la madre y el padre del niño y del silencio enloquecido que se había cernido sobre el niño cuando lo separaron de ellos, entonces el dolor se calmaba. Era una bendición cantar la canción del tren. Pero la canción del alfabeto serviría. Podía cantarle solo un trocito. Solo el principio. Seguramente aquello no le serviría de nada al hombre. Lanzó un destello con su ojo izquierdo impasible en dirección a Kalb, luchando contra él del modo que llevaba semanas luchando.

—No hay ningún puto prefijo —dijo Bruno.

El hombre dejó escapar una exhalación brusca y parecida a un silbido y levantó la mano como si fuera a golpear al pájaro. A Bruno lo habían golpeado antes, varias veces a lo largo de su vida. Lo habían estrangulado y lo habían zarandeado y le habían dado patadas. Había ciertas canciones que provocaban aquellas respuestas en cierta gente, y uno aprendía a evitarlas, o en el caso de un pájaro muy inteligente como Bruno, a elegir los momentos. Le había resultado posible atormentar a *le Colonel*, por ejemplo, simplemente mediante la repetición juiciosa, en presencia de su mujer, de ciertos comentarios escogidos de la *petite amie* de *le Colonel*, mademoiselle Arnaud.

Levantó una pata para protegerse del golpe. Se preparó para arrancar un cacho

húmedo de carne de la mano del hombre. Pero en lugar de golpearle, el hombre se dio la vuelta y fue a tumbarse en la cama. Bruno dio las gracias por aquello. Porque si el hombre se quedaba dormido, entonces Bruno podía permitirse cantar la canción del alfabeto, y también la canción del tren, que él cantaba, por supuesto, con la voz secreta del niño, tal como el niño se la había cantado a él, de pie frente a la ventana trasera de la casa de herr Obergruppenführer, con la vista puesta en las vías del tren, contemplando los trenes incontables que se alejaban rumbo al lugar donde el sol salía del suelo todos los días, y cada parte del tren llevaba las marcas de garras especiales que componían la letra interminable de la canción del tren. Debido a que Kalb parecía estar tan ansioso por oír la canción del tren, ahora Bruno tenía cuidado de cantarla únicamente cuando el hombre estaba dormido, con esa perversidad instintiva y deliberada que se contaba entre las virtudes más apreciadas por su especie. El sonido de la canción del tren, al elevarse en medio de la noche, sacaba bruscamente al hombre de su sueño y lo ponía a buscar desesperadamente su lápiz y su papel. Cuando por fin estaba despierto, sentado en medio de un círculo de luz de la lámpara con el lápiz aferrado en los dedos, entonces —por supuesto— Bruno dejaba de cantar. Noche tras noche, se repetía la misma actuación. Bruno había visto cómo enloquecían varios hombres, empezando por aquel holandés de la isla de Fernando Poo, en medio del calor y del zumbido constante de las cigarras. Sabía cómo se hacía.

Sonó el timbre, muy por debajo de la habitación diminuta de Kalb. Bruno lo oyó y luego, un instante después, como siempre, el hombre lo oyó también. Se incorporó en la cama, con la cabeza inclinada en un ángulo que entre los loros habría significado una ligera excitación sexual pero que entre los simios denotaba vigilancia. Kalb siempre estaba alerta a las idas y venidas de la casa, en la que habitaban diecisiete humanos más, seis de ellos hembras, en aposentos separados y compartiendo sus cantos de forma muy esporádica. Ahora Bruno podía oír a nueve de los otros humanos, oía sus aparatos de radio, su carbón susurrando en la chimenea y el tintineo de un par de agujas de hacer punto. Y oía también la voz de la señora Dunn, la casera, muy por debajo, al pie de las escaleras. A modo de respuesta llegó una voz masculina que no reconoció. Luego Bruno oyó pasos pesados en las escaleras, tres, no, cuatro hombres, y también la señora Dunn, pero Kalb no pareció percibir este clamor hasta que los que subían ya habían dejado atrás el rellano del segundo piso y seguían subiendo.

Por fin Kalb se puso en pie de un salto y corrió a pegar la oreja a la puerta. Escuchó un momento y luego soltó una sílaba oscura y áspera que solía decir muy a menudo herr Obergruppenführer cuando se tumbaba en el sofá del padre del niño, en el despacho del fondo de la casa situada junto a las vías del tren, con un hedor procedente de sus botas que era casi tan terrible como el olor del vaso de muerte del holandés. Kalb se giró para apartarse de la puerta y echó una mirada frenética a la

habitación, después se volvió hacia Bruno, con los brazos extendidos, como si estuviera pidiendo ayuda. Pero Bruno no tenía ganas de ayudarlo, porque Kalb no era un buen hombre en absoluto. Había arrebatado a Bruno de Linus, que necesitaba a Bruno y que le cantaba de una forma que pagaba con creces todos los largos años de sufrimiento y cautividad. Y lo que era peor, Kalb mataba a sus congéneres: Bruno lo había visto abatir al hombre llamado señor Shane, por la espalda, con un martillo. Era cierto, por supuesto, que el señor Shane también había estado planeando arrebatarse a Bruno de Linus. Con todo, Bruno nunca habría deseado su muerte, y odiaba el recuerdo inerradicable de haberla presenciado.

Decidió informar a Kalb de que no pensaba ayudarlo, de alguna manera pudiera hacerlo, incluso si hubiera entendido qué peligro era el que se acercaba.

Abrió el pico y emitió, presionando de forma muy satisfactoria en el sitio dolorido que tenía dentro, una serie de toses por lo bajo parecidas a risitas. Aquella alusión al olor característico de Kalb, aunque el hombre no tenía manera de saberlo, constituía una reproducción fiel y exacta de la voz de los menorquinos azules que habían graznado en el jardín trasero de la casa de *le Colonel* en Biskra, Argelia, en particular de una fornida dama azul y blanca cuya coloración Bruno siempre había admirado.

Un momento después pagó muy cara su bromita, sin embargo, cuando el hombre agarró un saco de lona para guardar ropa sucia y se abalanzó sobre él, agarrándolo de forma tosca pero eficaz por las patas. Antes de que Bruno pudiera coger la mano o la nariz o el lóbulo de la oreja de Kalb con su poderosa herramienta, cuerno y pinzas y boca y mano, que constituía su único orgullo y vanidad y tesoro en el mundo, se encontró a sí mismo arrojado a las tinieblas.

Desde el interior del saco para la ropa sucia oyó cómo el hombre recogía todas sus hojas desparramadas y llenas de marcas de garras y luego el chirrido de la puerta del armario ropero. La oscuridad que lo rodeaba resonó con una vibración inconfundible de madera y de aquello dedujo que el hombre lo iba a meter en el ropero. Sintió que su cabeza golpeaba contra algo y luego hubo un destello en su cráneo, tan nítido como las plumas del pecho de aquel pollo menorquino azul devorado tanto tiempo atrás. Luego oyó un ruido metálico cuando su percha cayó también a su lado, empujándolo, con un chapoteo suave del agua del platillo de hojalata que había sujeto al travesaño. Luego otro chirrido cuando Kalb cerró el ropero, confinando a Bruno en su interior.

Bruno estaba perfectamente inmóvil, paralizado por la oscuridad y por la luz que acababa de estallarle en el cráneo. Cuando resonaron los golpes en la puerta intentó cantar pero descubrió que no podía mover la lengua.

—¿Señor Kalb? —Era la señora Dunn—. La policía está aquí. Quieren hablar con usted.

—Sí. Muy bien.

Se oyó el ruido del agua del grifo al correr, el tintineo de la brocha de afeitarse contra el vaso. Y luego el traqueteo de la cerradura de la puerta.

—¿El señor Martin Kalb?

—Soy yo. ¿Ha pasado algo?

Siguió un breve intercambio de canciones en voz baja entre los hombres, al que Bruno prestó poca atención. Estaba muy desorientado, y los efectos de la brutalidad del hombre hacia él persistían, zumbando en su cráneo. Aquello lo trastornó, puesto que parecía exigir un eco, una repetición —pedía un castigo—, y sin embargo la violencia era tan ajena a él como el mismo silencio.

—¿Así que no tiene usted ni idea de dónde puede estar entonces el loro del niño? —oyó que decía uno de los hombres. Reconoció que se trataba de la voz del hombre anciano y devastado que tenía aquel admirable pico de carne, el que había salido aleteando de su guarida para asustarlos al niño y a él en aquella tarde deslumbrada de caminar por las vías.

—Me temo que no. Qué pérdida tan insoportable.

Cada vez le costaba más respirar. No había suficiente aire en el saco. Y luego llegó un momento en que Bruno sintió que podía dejar simplemente de respirar, rendirse, permitir que todo el triste deambular y la crueldad de su cautiverio llegaran por fin a una conclusión suave y oscura. Al final tan solo se lo impidió la esperanza inesperada, completamente ajena a su naturaleza y temperamento, de clavar las garras en la piel de la garganta de Kalb, de arrancar de un mordisco la punta de su odiado hocico pálido.

—¿Y nunca ha conocido usted al señor Richard Shane?

—Pues no.

Aunque el hombre lo había cerrado con los cordeles, el saco para guardar ropa sucia estaba hecho de una lona más bien fina. Bruno dio una dentellada experimental con el pico.

—¿Tendría alguna objeción, señor, a que echáramos un vistazo por su habitación?

El material ofrecía poca resistencia a sus esfuerzos. Masticarlo no era del todo desagradable.

—En circunstancias normales, inspector, no tendría ninguna objeción, pero me coge usted en un momento muy inoportuno. Una de mis niñas ha caído gravemente enferma, me temo, y ahora mismo tengo que salir para ir a verla. No me refiero a una hija mía, claro. Tal vez han oído hablar ustedes de mi trabajo con el Comité de Ayuda.

Tan preciso como herr Wierzbicka con sus enormes tijeras relucientes, Bruno abrió a mordiscos una ranura en el saco de lona y después una segunda ranura en ángulo recto respecto a la primera. Agarró con el pico la esquina que quedaba suelta

y dio un tirón brusco. Se oyó un ruido suave de un desgarrón cuando una tira de tela se desprendió del saco. Era un ruido interesante —ksst, kssst— y a Bruno le habría gustado producirlo él mismo, pero tenía la boca llena de lona y además el agujero todavía no era lo bastante grande. En todo caso no era fácil para un loro cantar cuando estaba siendo presa de una emoción tan oscura como aquella furia que ahora lo abrumaba.

—Lo siento muchísimo, pero tengo que preguntárselo... ¿han venido a detenerme?

—No, no. En absoluto.

Bruno dio otro tirón del jirón de tela y luego sacó la cabeza por el agujero que había hecho. Se produjo una alteración en la naturaleza de la oscuridad. Ahora podía ver una rendija luminosa a lo largo de los bordes de la puerta del ropero.

—Y yo no... No se me ocurre cómo podría yo estar bajo sospecha.

—No lo está. Pero nos *gustaría* hacerle unas cuantas preguntas.

—En ese caso tengo que pedirles que me disculpen por ahora. Tengo que coger un tren para Slough dentro de... oh, cielos, dentro de veinticinco minutos. Estaré encantado de ir a Scotland Yard y hablar con ustedes. Hoy mismo, tal vez a las cuatro o las cuatro y media. ¿Les parece bien?

—Muy bien entonces —dijo el que se llamaba inspector, usando matices de pesar y de duda en su tono.

Se oyó el susurro y el ruido áspero de los pies de los hombres mientras se dirigían a la puerta.

Bruno forcejeó, aleteando y escarbando, para liberar el resto de su cuerpo del saco. Una de sus alas golpeó el palo frío de su percha, y al encontrarlo se agarró con fuerza al metal con una garra. Usando el palo como trampolín a la oscuridad se lanzó a sí mismo contra la puerta del ropero, preparado en cuanto esta se abriera para salir volando a la garganta del hombre y sacar a la luz la carne roja que tenía dentro.

Aquella vez no notó ningún destello dentro del cráneo. Fue su cuerpo el que golpeó la puerta, dejándolo sin respiración como si le hubieran golpeado con el dorso de una mano enorme de madera. Se quedó tirado al fondo del ropero, derrotado y temblando y luchando por coger aire. Abrió la boca para cantar su impotencia, su rabia, su odio al hombre que lo había separado de Linus Steinman. Durante un momento largo no salió nada de su garganta paralizada. La habitación del otro lado de la puerta se había quedado sumida en un silencio profundo y casi audible, como si todas las criaturas que había allí estuvieran esperando a oír lo que fuera que Bruno pudiera —o tal vez debería— conseguir decir. En el instante previo a perder el conocimiento sintió, más que oyó, el sonido grave y gutural que emanó de él, seguido de las palabras del inspector al otro lado de la puerta.

—¿Tiene usted un pollo guardado en el ropero, señor Kalb?

El niño estaba mirando, sin sonreír, con el blazer negro pulcro y planchado, con el cuello de la camisa abotonado, con su corbata a rayas gruesas, que parecía haberse anudado él mismo, colgando flácida en medio del calor. Podría haber estado esperando a que pasara un funeral. El anciano estaba de pie en lo alto de la escalerilla del vagón, con la jaula de alambre, tapada con una capucha, a los pies.

El tren se acercó meciéndose lentamente al final del andén. Se oyeron lamentos y suspiros bovinos irritados procedentes de la máquina. El inspector estaba de pie detrás del anciano, carraspeando como si esperara hacer algún que otro comentario modesto sobre aquella ocasión tan satisfactoria. Se había establecido un acuerdo entre los tres hombres —el señor Panicker esperaba en el pasillo— de que le correspondía al mayor de los tres el honor de devolver el pájaro a su amo. Al anciano esto le pareció justo; no solamente había permitido sino que había insistido en que el inspector Bellows se llevara todo el mérito por el apresamiento y la detención del asesino Martin Kalb. En cuanto a las razones que tuviera el pastor para declinar semejante honor, su papel en la aventura del retorno del pájaro, tal vez marginal pero cierto, no pareció haber hecho mucho para mejorar su visión de las cosas. Se había pasado todo el camino de vuelta desde Londres de un humor sombrío y taciturno, sentado en el vagón de fumadores echándose ceniza de pipa por encima de su insulso atuendo de seglar. Estaba regresando a casa, le pareció al anciano, con el rabo entre las piernas.

Aparte de su mujer y del niño, el andén de la estación campestre estaba, salvo por el cartero local y un par de mujeres jóvenes vestidas para pasar el día en Eastbourne, desierto. El hijo del vicario había decidido no dar la bienvenida a casa a su padre. De acuerdo con el inspector, Reggie Panicker había huido de Sussex «esperemos que para siempre», aunque al anciano le pareció que tal vez habría sido más caritativo decir que Reggie se había ido en busca de un lugar donde sus carencias de carácter estuvieran un poco menos catalogadas, donde su desafortunada historia no se le echara siempre en cara, donde no fuera el sospechoso más probable de todas las fechorías que se cometían en el vecindario y, por encima de todo, donde un vengativo Fatty Hodges no pudiera encontrarlo.

Con una última sacudida, el tren se detuvo. El niño dio un paso hacia el vagón, un paso tan vacilante que el anciano vio que la señora Panicker le ponía una mano en la nuca para animarlo.

—Podría al menos sonreír —dijo el señor Panicker, sacudiéndose la ceniza de la pechera de la camisa—. Precisamente hoy. Dios bendito. Es un milagro que tengamos al pájaro.

—Cierto —dijo el anciano.

Todavía estaba un poco extrañado de que el loro, que hasta hacía poco había sido objeto de una intensa búsqueda por parte de las más altas esferas del gobierno, hubiera sido liberado de la custodia oficial tan deprisa y sin aparente interés. En medio de la indiferencia absoluta del gabinete del coronel Threadneedle hacia el destino de Bruno se percibían indicios de que el enemigo había cambiado sus códigos, haciendo de este modo inservible cualquier información secreta que Bruno pudiera poseer. Aquellos indicios le fueron transmitidos con una firmeza lo bastante brusca como para dejar al anciano convencido de que de hecho había algo más profundo detrás. Tal vez, pensó, se había encontrado algún medio de desciframiento mejor y más fiable que un pájaro políglota de mediana edad y algo perverso.

—Una sonrisa no estaría mal.

De hecho, el anciano sentía un intenso deseo, casi un ansia, de ver el reflejo de la felicidad en la cara del niño. El negocio de detective había estado durante tantos años enredado con cuestiones de remuneración y recompensa que aunque ahora ya nada de esto le preocupaba sintió, con un vigor sorprendente, que el niño le debía una sonrisa a modo de pago. Pero cuando Linus Steinman se acercó al tren, con la vista puesta en la cúpula encapuchada que el anciano tenía a los pies, su expresión no se desvió de su habitual impassibilidad, aparte, tal vez, de un destello de nerviosismo en los ojos, tal vez incluso de duda. Era una mirada que el anciano reconoció, aunque durante un instante no consiguió recordar de dónde. Pero que tal vez no fuera muy distinta de la duda que atormentaba la mirada del señor reverendo K.T. Panicker.

Pero bueno, pensó el anciano. Claro que está preocupado. No puede *ver* a su amigo.

—Tenga —le dijo con brusquedad al vicario.

Levantó la jaula, no sin dificultades, y se la entregó al señor Panicker. El vicario empezó a decir que no con la cabeza, pero el anciano empujó la jaula hacia él con toda la fuerza que tenía en los brazos. Le dio un empujón al vicario, de forma no muy suave, hacia la escalera. Luego, mientras el señor Panicker se bajaba del tren con pasos inseguros, el anciano extendió un brazo tembloroso y torcido y tiró de la capucha de hule que cubría la jaula, revelando con una floritura de prestidigitador la cola de color escarlata, el poderoso pico negro, los ojos negros sin fondo y las patas rojas.

El niño sonrió.

El señor Panicker le alborotó el pelo, un poco incómodo. Luego se giró para mirar a su mujer.

—Buen trabajo, señor Panicker —dijo ella, y le ofreció su mano.

El niño cogió la jaula que le ofrecía el señor Panicker y la dejó en el suelo del andén. Descorrió el cierre de alambre, abrió la jaula y metió en ella el brazo y la mano. Bruno saltó ágilmente sobre su brazo y mientras el niño lo sacaba subió poco a

poco por la manga de color azul oscuro hasta llegar al hombro, donde, en un eco consciente o accidental del gesto de incomodidad que había tenido el vicario hacía un momento, pasó el pico cariñosamente por los rizos oscuros que el chico tenía encima de la oreja derecha.

La señora Panicker se quedó mirando un momento, contemplando la imagen del niño y el pájaro reunidos con una sonrisa que era al mismo tiempo irónica y nostálgica, tal como uno podría contemplar el salero y el pimentero o el par favorito de calcetines que son lo único que ha sobrevivido del incendio de la propia casa hasta los cimientos. Luego se volvió hacia el inspector.

—Así pues, ¿es rico o no? —dijo.

—Podría serlo —dijo el inspector Bellows—. Pero por lo que he sido capaz de averiguar, o por lo que ha sido capaz de averiguar el señor Kalb, esas series interminables de números que repite el pájaro no corresponden a números de cuentas bancarias de Suiza. Y eso que Kalb hizo trabajar horas extra a su hermano en Zúrich para intentar localizarlos.

La señora Panicker asintió con la cabeza. Era lo que sospechaba. Fue a donde estaban su marido, el niño y Bruno.

—Hola —dijo el loro.

—Hola a ti —le dijo ella al loro.

—Dudo mucho —dijo el anciano— que alguna vez nos enteremos del significado que esos números podían tener, si es que tenían alguno.



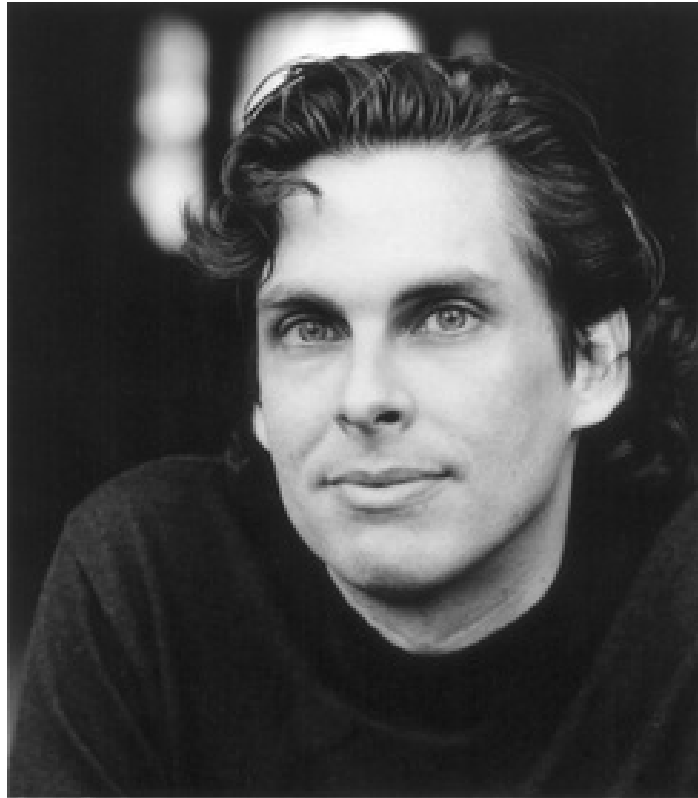
No era algo, el cielo lo sabía, que el anciano tuviera costumbre de admitir ni que se sintiera cómodo admitiendo. La aplicación de la inteligencia creativa a un problema, el hallazgo de una solución al mismo tiempo obstinada, elegante y descabellada le había parecido siempre la ocupación esencial de los seres humanos, el descubrimiento del sentido y de la causalidad en medio de las pistas falsas, del ruido y de la maleza sin senderos de la vida. Y sin embargo siempre lo había atormentado —¿no era cierto?— el saber que había hombres, criptógrafos lunáticos, detectives locos, que malgastaban su inteligencia y su cordura en decodificar e interpretar los mensajes de las formaciones de las nubes, de las letras de la Biblia re combinadas, de las manchas de las alas de las mariposas. De la existencia de semejantes hombres se podía tal vez sacar la conclusión de que el sentido moraba únicamente en la mente del analista. De que eran los problemas irresolubles —las pistas falsas y los casos ya enfriados— los que reflejaban la verdadera naturaleza de las cosas. De que todo el significado y esquema aparente no tenía más sentido intrínseco que el parloteo de un loro gris africano. Esto era lo que se podía pensar. Ciertamente, se dijo.

En aquel momento el suelo retumbó débilmente, y a lo lejos, acercándose, se oyó el chirrido de las ruedas de los trenes contra las vías de metal. Estaba pasando un tren

por la estación, un tren de carga dedicado al transporte militar, con los vagones pintados de un insulso color gris verdoso, cargado de obuses y radios de campaña y ataúdes para abastecer los bulliciosos depósitos militares de la guerra en Europa. El niño se quedó mirando aquel tren que pasaba traqueteante, aminorando la marcha pero sin pararse. Miró los vagones, moviendo los ojos de izquierda a derecha como si los estuviera leyendo al pasar.

—*Sieben zwei eins vier drei* —susurró el chico con un ligero ceceo—. *Sieben acht vier vier fünf*.

Luego el loro, asustado tal vez por el estruendo del tren que pasaba, subió volando a las vigas del tejado de la estación, donde, en una parodia impecable de la voz de una mujer que ninguno de ellos conocería o volvería nunca a ver, empezó a cantar con voz muy dulce.



MICHAEL CHABON, nacido en 1957, se convirtió en joven prodigio literario con sus primeros relatos publicados en la revista *The New Yorker* a mediados de los ochenta, antes de cumplir los treinta años. Poco después saboreó el éxito con su primera novela, *Los misterios de Pittsburgh*. Es también autor de las novelas *Chicos prodigiosos*, *Las asombrosas aventuras de Kavalier* y *Clay* (premio Pulitzer 2001) y *El sindicato de policía yiddish*, y de los libros de relatos *Un mundo modelo* y *Jóvenes hombres lobo*.